



EL  
**LAMENTO** DE LOS  
**INOCENTES**

MARCOS NIETO PALLARÉS

«El tiempo no es sino el espacio entre  
nuestros recuerdos.»

*Henry F. Amiel*





**EL LAMENTO  
DE LOS  
INOCENTES**

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación

u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El lamento de los inocentes.*

© Marcos Nieto Pallarés.

Junio 2017.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Edición y maquetación: Trabajobbie.





**EL LAMENTO  
DE LOS  
INOCENTES**

MARCOS NIETO PALLARÉS



Dedicado a todos  
aquellos que, de una  
manera u otra, han  
logrado que esta  
novela sea escrita.

Más libros en  
[www.DESCARGASMIX.com](http://www.DESCARGASMIX.com)

# ÍNDICE

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

# CAPÍTULO 21

# INTRODUCCIÓN

La línea de luces que las farolas alargaban calle abajo, posibilitaba vislumbrar mi sombra sobre la acera. Cambiantes detalles como esa negra silueta, resultaban los únicos capaces de eludir a la realidad en mis recuerdos. Lo inamovible, lo que el transcurrir del tiempo no altera o erosiona lentamente, se mantenía en ellos con todo lujo de detalle. El tantas veces transitado camino a casa, se perpetuaba en mi memoria desde la primera vez que lo recorrí; fotografía que en cualquier momento podía revisar, e incluso,

visitar. Poseía el don de volver a cualquier evento pretérito, espacio ocupado, instante remoto..., para vivirlo de nuevo.

Un álbum de vivientes instantáneas: el interior de mis células cerebrales. Rememoraciones que ayudaban a hallar donde otros no encontraban. Actuar en lo avistado tiempo atrás, me ofrecía gran ventaja ante casos complejos.

De conocer mis facultades, muchos las atribuirían al fenómeno de la hipermnesia; lo mío va mucho más allá. Pocos saben de mi secreto y espero que así siga siendo. No permitiré que utilicen mis sesos como a los de un conejillo de indias.

El pasar de los años me agudizó el

don, hasta el punto de obligarme a vivir inmerso en dos mundos equidistantes: presente y recuerdos. Detentaba la capacidad de penetrar en mi intelecto para de este modo, acceder a cualquier punto anterior. Pero en ocasiones, más bien se me empujaba a ellos de forma alevosa e inconsciente. Quedar pensativo propiciaba que la bobina de mi cerebro retrocediera. Un hecho actual y espontáneo, me remitía sin previo aviso a episodios de una vida ya cumplida, convirtiéndome entonces en un mero espectador.

E inmerso en los detalles de una nocturna Manhattan, al tiempo que cruzaba un paso de peatones ensimismado en sus anchas y



horizontales rayas, dos luces emergieron de la nada deslumbrándome hacia una indeseada evocación: tres impactos.

Ante el brillo cegador de los faros del vehículo que colisionaba con mi Mustang, una luna agrietándose como un copo de nieve al nacer. Y tras el vidrio quebrado, el capó doblándose como un agitado mar de metal. Refulgendo al son de una luna llena, fragmentos de cristal envolviendo ese asiento en el cual ya no reposaba mi espalda; materia dispuesta a salir disparada por donde una lámina vidriada brillaba por su ausencia. Un paquete de tabaco surcando el espacio a mi derecha. Colillas, plásticos... y mi ser exento del cinturón de seguridad.

Las costillas parecían querer

salírseme del pecho; el organismo se me abalanzaba presto a escapar de ese habitáculo a punto de convertirse en un amasijo de hierros. De haber entrado allí por voluntad propia, me habría deleitado en los detalles. Pero de forma impensada, solo podía observar al milímetro, revivir en primera persona el traumático y ulterior suceso; tomármelo con calma desde una perspectiva lejana quedaba fuera de mi alcance.

Y volé con la cabeza por delante.

Vino entonces el segundo impacto: mi masa golpeando la dura calzada. Pero antes viví el tercero: emocional —el orden es lo de menos—. Mientras surcaba la oscuridad contemplé a la conductora del coche contra el que

acababa de estamparme: cara contra el volante, cabello desmelenado e impregnado en sangre... Estiré la mano en un acto reflejo intentando arrancarla de ese timón que se le incrustaba poco a poco... Y al tiempo que yo proseguía con mi destino «planeando» a ras de un techo de chapa azul, ella consumaba su muerte, la ausencia de latidos en su corazón.

—¡Eh, idiota! —gritó expulsando el inoportuno recuerdo de mi mente—. ¿¡Vas a quedarte ahí parado todo el día, anormal!?

*«¿Casi me llevas por delante y... ¿un idiota? ¿Anormal? Acabas de triunfar, capullo».*

Unos segundos para él; interminables y largos minutos para mí. Desde el centro de la señalización, todavía aturdido tras el reciente e intenso «retorno» al pasado, saqué mi placa y la alcé. Los faros la alumbraron haciéndola perceptible.

—Mierda —escuché desde el interior del vehículo.

*«La has cagado, sí».*

—Apaga las luces —le ordené aparentando seriedad; en realidad, disfrutaba del momento. Quizá volviera para poder saborearlo con más detenimiento—. Baja y pon las manos donde las vea.

El sujeto, de raza blanca, joven y alto

—no más de veinticinco años—, apoyó las manos sobre el capó de su Maserati. Vestía cazadora de cuero negra y un pantalón del mismo material, más pasado de moda que rezar en la mesa.

*«El niño rico de papá va a aprender hoy una buena lección».*



Empapelado el muchacho de arriba a abajo —con total merecimiento, sea dicho—, proseguí con el noctívago paseo. De vez en cuando me dejaba seducir por mis propias capacidades —casi siempre un incordio—, y me valía de ellas para «mirar» sin usar la vista.

Una especie de juego que practicaba cada vez con más asiduidad; mantenía mi mente en forma.

Avisté una calle limpia de transeúntes. Cerré los ojos y anduve. Los recuerdos me llevaron a casa.

# CAPÍTULO 1

## POUR MOI

Incapaz de dormir sin «pasar» antes por la red, miré el móvil tumbado ya en la cama: Facebook, Twitter, Messenger, WhatsApp... Esperaba encontrar algún mensaje de Rotze; el lugar de nuestro mensual «intercambio» de hija estaba todavía por concretar.

«¿Se ha apagado? —Pulsé el botón

de encendido unos segundos: nada—. *Mierda, roto. Lo que faltaba*».

De pronto, la pantalla destelló hasta cambiar del oscuro al blanco, y varias letras aparecieron sin orden aparente: una ‘y’ en la esquina derecha; una ‘o’ en el centro; una ‘e’ abajo, a la izquierda...

«¿Un virus? No me jodas».

Tras danzar los caracteres durante unos segundos, se unieron formando cinco nombres: quinteto de asesinos que yo mismo había atrapado: los peores de mi carrera:

**Patch Avner**

**Hank**

**Griffith**

**Arty Kern**

**Jarvis Steve**



**Adams**

*«Esto no es un puto virus —pensé ya sentado al borde de la cama, confuso—. Lo han hackeado».*

Instintivamente cogí mi Glock y escudriñé la habitación con la mirada. Todo parecía en calma. Sentí el aparato vibrar en mi mano, la que no sujetaba mi 9 milímetros. Lo miré: más letras: «Tranquilo, detective, mi intención no es matarle. Es la pieza final del puzle. Sin Jayden Sullivan, mi existencia carecería de sentido. Mañana, aquí, a las 23:00 empezará el reto», comunicó al tiempo que una imagen aparecía durante un escaso segundo. «Sé que es tiempo más

que suficiente para usted», concluyó. Y el móvil se encendió como si no hubiera ocurrido nada.

«*Me observa*».

Miré a través del cristal de la ventana: la noche y muchas luces, nada que no recordara de anteriores ojeadas. Lo que sí pude rememorar con total exactitud, fue aquella centelleante imagen: una mujer atada de pies y manos, sentada en una silla de metal en el centro de una estancia de paredes blancas, chillando, llorando...

«*Mierda*».

El grito penetró en mis oídos como un lamento desgarrador. No lo escuché; mas lo sentí. Su cara sucia, sus ojos azules, sus agrietados labios

circunvalando esa abertura de la cual solo brotaban alaridos de pavor.

Un vistazo; una instantánea eterna.

*«Sé que es tiempo más que suficiente para usted —pensé entre el desconcierto».*

*«Sabe de mi singularidad».*



—¿Sí? ¿Jayden?

—Soy yo. Ha ocurrido algo muy extraño y creo que deberíamos empezar a investigar de inmediato.

—Joder... son las cinco de la mañana —refunfuñó Carter—. Espero que sea importante.

—Lo es, comisario.

—Nos vemos en mi despacho, entonces.

—De acuerdo. Allí estaré.

La pantalla aún parecía mostrar a la joven maniatada; clase de imágenes que se clavaban en mi mente de forma superlativa. Y adivinaba que, durante semanas, se manifestaría en todas partes.

Marqué de nuevo.

—¿Qué ocurre? —Sonó turbada.

Durante un instante solo escuché su voz; nada quedó más allá de aquel sonido. Conseguía que vibrara con un simple susurro: armonizaba mi alma. Y la vi como si la tuviera delante. Y la acaricié con la mano que no sustentaba el aparato, como si no tocara una ilusión

creada por mi superdotada mente.

—¿Has bebido, Jayden?

Sonreí.

—No, Jo, no he bebido. —Se me escapó una leve risa—. Pero al parecer, un asesino quiere jugar al gato y al ratón conmigo.

—Mierda.

—Sí... Mierda.

—¿Nos vemos en comisaría?

—Despacho de Carter.

—Bien. Voy para allá.

—Vale.



Incluso al mediodía, resultaba complicado avistarlo en las alturas, pero

sus rayos ya despuntaban entre las cúspides de los rascacielos. Manhattan se desperezaba al son de frenazos, gritos, bocinas... matutino cantar gentileza de una diva urbana. Crucé la calle sin mirar mientras observaba la matrícula de un taxi, que hubo de disminuir ante mi inconsciente acto.

*«Dieciocho de febrero del año pasado, Roy Mounds —un tipo simpático—, carrera de 23,45 dólares... —pensé entre bostezos—. ¿Cuántos taxímetros «andarán» por Manhattan cada día? ¿Cincuenta mil? ¿Casualidad? No. Más bien, mi condición crea un sinfín de contingencias que ayudan a hallar dichas situaciones, en este caso,*

*encontrar de nuevo a Roy. Todo el mundo padece de dichas vicisitudes, pero la gran mayoría no las percibe».*

De pronto, me vino a la cabeza un pequeño extracto del libro ‘La insoportable levedad del ser’, de Milan Kundera: «Solo la casualidad puede aparecer ante nosotros como un mensaje. Lo que ocurre necesariamente, lo esperado, lo que se repite todos los días, es mudo. Solo la casualidad nos habla. Tratamos de leer en ella como leen las gitanas las figuras formadas por el poso del café en el fondo de la taza». «*No creo, sinceramente —medité ya en la acera—, que este reencuentro con la matrícula 9F29B contenga ningún mensaje oculto».*

Cada apariencia se registraba en mi memoria como música en la espiral de un vinilo. Podían pasar cien años, que de volver a encontrar a alguien, lo recordaría con total fidelidad. Historia de mi vida: conservarlo todo mientras apenas nadie me tenía a mí.

Entré en comisaría adormecido.

—Buen día, detective —saludó Marvin tras el mostrador.

—Hola. ¿Toca «barra»?

—Lo que haga falta, señor —contestó efusivo al tiempo que efectuaba el saludo militar.

*«Menuda alegría gasta el colega a estas horas... —pensé mientras me*



disponía a subir las escaleras».

—¿Ha llegado Carter? —pregunté sin detenerme, iniciado ya el ascenso al primer piso.

—Hará cinco minutos.

—Gracias. —Le devolví el marcial saludo.

Le cedí parte de mi peso a la barandilla de madera oscura que, día tras día, me auxiliaba a la planta superior, sintiendo el roce del barniz en la palma de mi mano. El edificio perduraba al menos hacía cincuenta años, y muchos se quejaban de ese hecho pidiendo instalaciones más modernas. Yo me dejaba seducir por su aroma añil, su techo abovedado, sus frisos decorados con motivos

vegetales... Me gustaba el contraste de lo viejo y lo actual: su modernidad tecnológica acotada por una carcasa madura.

*«No me diferencio demasiado de estas instalaciones... —cavilé; espacio que conocía al milímetro».*

Saludos con la mirada, el mentón o la mano a aquellos que iba encontrándome al avanzar entre las mesas. Guiño a Cindy, la rubia de grandes pechos; mirada juguetona a Lana, la morena de trasero respingón... lo habitual cada mañana antes de alcanzar mi despacho —más fachada que realidad—, en esa ocasión, el del jefe.

Le encontré trabajando —hombre

diligente como pocos—, pulsando el teclado de su ordenador en apariencia ocupado. Alzó la vista al reparar mi «intromisión».

—Estoy de «curro» hasta los... — anunció mostrando unas pronunciadas ojeras—. Creo que acabará hasta viniéndome bien el madrugón. Pero vayamos al grano. ¿Esperamos a Josephine o la pones luego al día?

En ese mismo instante, la puerta se abrió mostrando a la susodicha, que portaba un café y un cruasán entre las manos. Vestía, como era habitual, traje oscuro y camisa blanca.

—¿Ya estás comiendo? —No conocía mujer con más apetito—. ¿Y el mío?

—Es este, idiota. Mi café reposa hace rato en esta panza. —Se dio unos toquecitos en su plano estómago.

*«No entiendo cómo se mantiene tan en forma con lo que zampa...».*

—¿Y la bollería?

—Eh... no. La bollería es... *pour moi*.

*«Ya está otra vez con el dichoso francés».*

—Ya me parecía a mí... —No pude evitar sonreír.

—¿Habéis dejado ya de hacer el gilipollas? —preguntó Carter más malhumorado de lo habitual—. ¿Podemos empezar?

Sorbí el delicioso café y, tras saborearlo, hablé:

—Han hackeado mi teléfono y mostrado en él lo que parecía una mujer a punto de ser ejecutada, y por lo visto, quien lo ha hecho parece tener algún asunto pendiente conmigo. A parte de la imagen, me comunicó lo siguiente: «Tranquilo, detective, mi intención no es matarle. Es la pieza final del puzle. Sin Jayden Sullivan, mi existencia carecería de sentido. Mañana, aquí, a las 23:00 empezará el reto».

—Joder —susurró Jo pegándole los últimos bocados al cruasán.

El comisario se levantó pausado y cruzó los brazos.

—¿Y qué nos dice tu intuición de detective?

—Que no es un farol. Todo resultó

extrañamente sincero y veraz. O al menos, es la sensación que dejó en mi cuerpo. Además, escribió el nombre de cinco de los peores asesinos en serie que he atrapado. Algunos de ellos ni siquiera se llegaron a filtrar a los medios.

Esta vez, el «joder» se escapó de la boca del comisario.

—Es la primera vez —aseguré meditabundo—, que sucede algo así. He viajado por todo el país; allí donde se alargaban las muertes, donde las pruebas brillaban por su ausencia, donde los malos parecían coger ventaja, los casos se abalanzaban hacia un cierre sin culpable... y nunca un homicida se puso en contacto conmigo de esta forma.

Durante unos segundos en la habitación reinó un silencio abstraído: tres cabezas pensantes buscando la forma sensata de actuar ante un acontecimiento inaudito.

—¿Qué sugieres? ¿Qué necesitas? —preguntó el comisario, que solía darme total libertad en las investigaciones.

—Para empezar, un hacker de los buenos. —Mostré mi móvil, agitándolo al aire—. Para continuar, un retrato robot de la muchacha; precisamos ponerle nombre. No he encontrado la imagen en mi móvil; por lo visto, ese tipo ha intentado no dejar huellas. Pero para eso, sé a quién acudir. Y para finalizar, que registren mi piso en busca de micros, cámaras... me observa. Que

investiguen también cualquier edificio colindante desde el cual, con una visión térmica o algún aparejo semejante, haya podido seguir mis movimientos.

*«Y esta semana «tengo» a Megan... mierda. Y no puedo, ni quiero dejarla con su madre».*

—Esperar su siguiente paso, si lo da, abrirá nuevos caminos —dijo Jo entretanto Carter anotaba mis demandas—. Tenemos más bien poco.

—Espero que prosiga —repliqué diligente—. Lo innegable es que mantiene secuestrada a una mujer. Si no vuelve a dar señales de vida, no habrá oportunidad de salvarla.

Mi compañera asintió mordiéndose el labio inferior.



—Haré una llamada —profirió el comisario—, y en media hora tendrás aquí al mejor hacker de Nueva York. Mientras tanto, anda a ver a Scott, y «bautizad» a esa mujer. Avanzaremos todo lo posible hasta las once. Espero que hoy perdamos nuestro tiempo, y todo acabe siendo una broma de mal gusto.

«*Ojalá... Pero lo dudo*».

—Jo, ¿vamos a hacerle una visita a Scott?

—¿Sin desayunar? —Me guiñó el ojo—. Son las siete y media de la mañana, Scott todavía pega ronquidos.

Veía sus ojos del color de una grisácea nebulosa antes y después del sueño, incluso, en ocasiones, entre ellos. Su pelo oscuro y a la vez rojizo, según

la luz se reflejara en él. Su nariz de tabique fino, cual hoja de un florete. Sus gomosas y contorneadas orejas, limpias de pendientes bajo un pelo corto y liso. Sus carnosos y rosados labios; más fino el superior, más grueso el que solía morderse cuando deseaba provocar a un hombre... La atisbaba en todas partes desde el día que se convirtió en mi compañera, el día que me la regaló la vida. Pero ella no parecía verme. Me recibía en sus sentidos como a un amigo, un colega...

Y mi corazón, con el tiempo, se aclimató a amarla en silencio.



Cogí el teléfono y marqué el número de Scott:

—¿Siii...?

—Te quiero en comisaría en media hora.

—¿Jayden? ¿Qué hora es?

—Hora de levantarse, gandul.

—Vale, tío. Voy para allá.

Jo me miró de soslayo negando con la cabeza.

—Cuando quieres, no hay tocapelotas que te supere.

—Sí, lo sé. Es una de mis mejores cualidades.

De pronto, quedé reflexivo sin decir nada, mientras ella me miraba frunciendo el ceño.

—¿Pasa algo?

—¿Me ha llamado tío? ¡Tío! —dije de forma airada al tiempo que Jo empezaba a esbozar en su bello rostro una holgada sonrisa—. La juventud ha perdido el respeto por todo. ¡Le arreo una colleja en cuanto le vea!

—¿Quizá hubieras preferido trato de usted?

Sabía dónde buscarme las cosquillas.

—Si me trata de usted... le pego directamente un tiro —aseguré intentando, a duras penas, aparentar seriedad—. Un... ¡sí, señor! ¿Tan difícil es?

—La crisis de los cuarenta, sin duda —afirmó sin dejar de sonreír. Y arrojó al viento un largo y sentido suspiro.

—No te burles, joder. Estoy muy

sensible con el tema.

—No seas memo, anda, y vayamos a desayunar.

Me guiñó el ojo por segunda vez aquella mañana. Parecía alegre.

«¿*Nuevo ligue?*».

—Sí. Necesito meterme café en las venas. Intuyo que hoy será un día largo.

# CAPÍTULO 2

## LA SOLITARIA

—¿Qué? —dijo encogiéndose de hombros sin dejar de masticar el segundo cruasán del día, en esa ocasión, bañado en chocolate.

Negué con la cabeza.

—Nada, nada... sigue.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

«*Para tocarte la moral*».

—Así... ¿cómo?

—Lo sabes: como si estuvieras ante quien no tiene remedio.

—No hables con la boca llena, por favor. Y visita a un médico, anda, que te extirpe esa ‘solitaria’ que te ronda las tripas.

—Tengo hambre, pelma.

—Creo que estaría mejor dicho... «Siempre tengo hambre, pelma», ¿no crees? Aunque la verdad... tiene buena pinta.

Juntó el dedo pulgar y el índice con los mofletes todavía hinchados.

—En fin... —musité cansado—. Ten cuidado con la bollería, no es sana.

—Claro, papi. Y volveré temprano del baile de graduación...

Aunque sonriera, sus palabras no me hicieron ninguna gracia.

«¿Así me ve?».

Y hablando de ‘papás’ —declaró pensativa—, ¿no tienes que recoger hoy a Megan?

—Intentaré apurar el día al máximo. Todo este asunto... me tiene inquieto. Necesito saber más. Iré a por ella a última hora.

—¿Sabes, Jayden?

Me miró arrugando el entrecejo.

—No, no sé, compañera —contesté sintiendo sobre los ojos el peso de mis párpados.

—Creo que tú también tienes ‘la solitaria’; pero en la cabeza.

«*Y se alimenta de recuerdos* —pensé



mientras contemplaba el movimiento de sus labios—. *Los almacena para saciarse con ellos cuando precisa mitigar su apetito de conocimiento*».

No dije nada. Me levanté, anduve hacia la barra y pagué.

—Toma, para luego. —Tiré sobre la mesa un donut al tiempo que ella se levantaba—. Subamos, Scott ya habrá llegado.

—*Merci*, papi —agradeció con sorna.

De nuevo, sus palabras me sentaron como una patada en la entrepierna.



Solía cumplir lo prometido, aunque

con el paso del tiempo, lo dicho dejara de parecerme buena idea. Así que tal cual me coloqué sigilosamente al costado de Scott, le solté una colleja que, si bien careció de ímpetu, resonó por toda la comisaría.

—¡Joder! —bramó girando el rostro en busca de la procedencia del cachete —. ¿Y ahora qué he hecho?

—Llamarme tío —contesté seco, tajante, serio. Escuché tras de mí cómo Jo murmuraba algo. No entendí sus palabras—. Ahora... a trabajar: necesito un reconocimiento facial.

Scott asintió cariacontecido ante la pantalla de su ordenador, pero también apreció cómo por el «rabillo» de sus labios asomaba una tenue sonrisa; sabía

que en el fondo le tenía aprecio.

—Está usted de suerte, seeeeeñor. Estrenará mi nuevo sistema de detección de rostros. Aunque en realidad es el mismo de siempre con varios añadidos que agilizan el proceso.

El agente más joven del cuerpo y... sin duda, se palpaba a la legua. Un genio/friki adorable, pero también cargante como pocos. Vestía ropas anchas al más puro estilo rapero, y portaba tres rastas que a mí, personalmente, me daban asco. Pero bajo sus desaliñadas apariencias, se escondía un muchacho sin malicia.

Durante años, dediqué mis esfuerzos al estudio de la Kinésica, o lenguaje corporal, para usarlo como un

refuerzo más a la hora de rastrear asesinos; los gestos, los movimientos o ademanes, pueden decir más que mil palabras.

*«Unos ojos cualquiera no pueden detenerse en cada visaje, cada mueca... —cavilé a su espalda— leer la mentira y la falsedad oculta tras una expresión: divisar más allá de la piel. Él, Jo, Carter, Rotze... mi Megan: todos mienten. Mas todo radica en el propósito de dichos embustes. ¿Falsedad piadosa o maligna? He ahí la cuestión. —En un segundo, desfilaron ante mis ojos aquellos que compartían la vida conmigo; seres que la hacían llevadera. Vi sus caras mirándome con cariño, dichosos e indolentes, seguros*

de desear estar a mi lado—. *Ellos no engañan con vileza*».

Los interrogatorios filmados, solían provocar estados de defensa en los interpelados, que viciaban sus interpretaciones. Y ahí, la Kinésica caía en demasiados equívocos.

«*Los gestos fortuitos —medité mientras Scott seguía «programando» el «nuevo» sistema—, resultan los únicos capaces de dar buenos resultados, mostrar indicios del comportamiento real de un sujeto y, lo más importante, de sus futuras intenciones: si miente o no; si sus palabras son veraces pero omite datos importantes; si inventa para proteger a un ser querido... Señales que en un primer vistazo*

*pueden pasar desapercibidas, sí... Mas yo detento el privilegio de revivir esos tics, aspavientos, movimientos de pupilas... tantas veces como sea necesario. No es fácil mentir a Jayden Sullivan».*

—La cara es el espejo del alma — dije en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Jo mirándome de soslayo.

—Nada. Ni caso. Pensaba.

Me examinó como si estuviera ante un loco de remate.

—Me he basado en el procedimiento que utilizan algunos videojuegos para crear personajes —explicó Scott obviando mi corto soliloquio, al tiempo que en la pantalla aparecía una cabeza

en 3D circundada por infinidad de opciones: cabello, nariz, pómulos, barbilla...—. Ahora, dígame alguien conocido a quien se asemeje la persona que buscamos: uno de mis añadidos al proceso.

—A la protagonista de ‘Piratas del Caribe’ —declaré seguro mientras inspeccionaba mentalmente a la muchacha—. Pero no recuerdo su...

—Keira Knightley —comunicó presta mi compañera

—Esa.

—Bien. —Scott tecleó el nombre de la actriz justo bajo la figura en tres dimensiones—. Ahí tiene las bases, seeeeñor. Ahora, moldee hasta dar con ella. Intente aproximarse en lo posible,

la computadora hará el resto. Vaya subiendo y bajando opciones, y verá cómo se ensanchan o disminuyen las facciones: le crece el pelo, le cambia el color de los ojos... Muy intuitivo.

Scott me cedió su silla y empecé a desestructurar los rasgos de aquella bella mujer con la intención de obtener los de otra muy parecida. Me giré hacia Jo, que observaba callada.

—El hacker ya habrá llegado. —Me saqué el móvil del bolsillo y se lo entregué—. Que lo estudie, que intente rastrear quién lo ha «adulterado». Lo que sea.

—Sé hacer mi trabajo, ¿de acuerdo? —refunfuñó—. Sabes cómo me repatea que des órdenes estúpidas.



—Disculpa. —Alcé las manos mostrándole las palmas, en un gesto conciliador.

Marchó sin decir una palabra más. Yo, durante un breve instante, memoricé el suave contoneo de sus caderas.

*«Tan dulce y a la vez tan arisca».*

Elevando y descendiendo cejas, agrandando y empequeñeciendo labios, ojos, orejas... reduciendo de un lado, borrando de otro... conseguí encontrarla. Bastó con duplicar la faz que parpadeó en mi teléfono horas atrás, y que veía ante mí como un perfecto holograma de carne y hueso.

—Ahí la tienes, Scott —articulé entretanto le devolvía su «trono».

—Pues ahora —dijo ya sentado—,

que las bases de datos vengan a mí. — Alzó el dedo índice como Moisés su bastón ante el Mar Rojo, y lo dejó caer cual guillotina dispuesta a cercenar la tecla ‘enter’, y la foto de una mujer apareció—. Alison Avner, veintiséis años, denunciada su desaparición hace trece días exactos, aquí en Manhattan.

«*Pistoletazo de salida*».

—Apunta su dirección. Habrá que hacerles una visita a sus padres. — Golpeé esta vez con suavidad el hombro derecho de Scott—. Buen trabajo, colega.

Me devolvió el gesto alzando el pulgar.



La encontré justo ante las escaleras, mohína, seria en exceso.

—¿Qué?

—Está más limpio que una patena —afirmó devolviéndome el móvil—. Nuestro hombre ha borrado todo rastro. Según el entendido, es un experto en la materia. Parece que seguirá enviándote «recados» de forma impune.

—Un camino se cierra; otro se abre —medité en voz alta—. Tengo el nombre y la dirección de la chica: Alison Avner, veintiséis años, desaparecida hace trece días. Siguiente paso: interrogar a sus padres.

Cuando mis pies habían descendido apenas tres peldaños, escuché la voz de

mi compañera.

—Espera. No es todo —manifestó desde la «cima» de las escaleras—, mira el teléfono.

Lo saqué de mi bolsillo —ni siquiera me había dignado a inspeccionarlo—. Al hacerlo, vi un mensaje sobre un fondo negro: «Usted y yo. Cualquier intromisión esta noche provocará su muerte. El gran Jayden Sullivan es mi único destinatario, y nadie más».

Elevé la mirada y la fijé en sus ojos. La vi preocupada. «¿Por mí o por la joven? —pensé». Supuse que por ambos. Y sentí un escalofrío que se paseó consistente por todo mi cuerpo, estremeciéndolo.

*«No os quiero aquí, alejaos,*

*marchaos a otra parte, malos augurios».*



*«Lo ideal —reflexioné tras la estela de Jo—, sería desconocer cualquier dato íntimo de la muchacha. Negarme a examinar el interior de sus armarios, cajones, álbumes de fotos, blogs de notas... lo que estoy a punto de hacer. Perfecto sería no albergar empatía alguna hacia ella: deseo que no va a cumplirse. Y sé, que tras revisar sus posesiones más personales, el apego se adentrará en mis sentidos y el sufrimiento, si se consuma lo peor, magnificará en mí. Ventajas e*

*inconvenientes de una responsabilidad adquirida a través de un poder que, por algún motivo, se me ha otorgado. Ayuda funcional; obstáculo emocional».*

Las once y siete minutos. No podía dejar de mirar el móvil atraído por la posibilidad de encontrar otro mensaje del hombre que me había arrastrado a la Octava Avenida: calle en línea más larga de toda Manhattan, siempre atestada de tráfico, que por lo general fluctuaba dirección al norte de la ciudad.

Entonces no lo aprecié. Pero allí empezó —en dos ocasiones—, el verdadero reto.

# CAPÍTULO 3

## ESCENARIOS PERPETUOS

—Nada de datos innecesarios —rogó Jo ante el alto edificio—. No quiero darles esperanzas cuando quizá su hija muera esta noche.

—Haz tú las preguntas. Yo me limitaré a inspeccionar.

—Como siempre, entonces.

—Casi siempre —maticé al tiempo que pulsaba el botón del interfono.

—¿Sí? —contestó una voz femenina, débil.

—Detectives Cassidy y Sullivan.

—Suban. Les estábamos esperando.

El color ocre y el amarillo pálido le otorgaban al gran salón una atmósfera luminosa y sosegada, contrastando con la tristeza y la angustia que exteriorizaba el matrimonio Avner. Nada fuera de lo habitual en dichos casos: marcadas ojeras, patas de gallo, miradas perdidas..., y mucha e incalculable pena.

Mi hija se presentó sin cita previa en



mi subconsciente; nunca fui capaz de sortearla en momentos como aquel. Su rostro se reflejó en el brillante y atildado parqué a nuestros pies; parecía que caminábamos sobre un mar de aguas tostadas por el Sol. Una habitación que mostraba el poderío económico de los cónyuges y que, de forma superficial, ya poseía en mi mente.

*«El amor es tan poderoso... — medité entretanto Jo se sentaba en un gran sofá beige; ellos, lo hicieron en dos butacas a juego—, que lo podemos sentir incluso por alguien que ya no existe o nunca hemos tocado: por un hijo cuando apenas es un minúsculo feto; por alguien que ya no está. — Empezó el interrogatorio mientras yo*

observaba inmerso en pensamientos—. *¿Cómo comprender el dolor que inflige la pérdida de un retoño? La única forma: revestirse con la piel de los que ahora contestan preguntas. Dios me libre de entender su pesar».*

Me imaginé paseando por una especie de paraíso. Megan, Rotze, Joe, Lara, mi madre, mis sobrinos... todos a mi lado. Los pequeños perseguían mariposas y los mayores observaban sonrientes la belleza que nos envolvía. Un cielo surcado por pájaros que como estorninos, pintaban el azul de hermosas figuras cambiantes. Pero de pronto, todo se difuminaba: los dibujos alados, las nubes, las verdes copas y marrones troncos de los árboles... y ellos. Me

quedé solo en el centro de una nada que se fundía en fuego. Las llamas, rojas y negras, poco a poco se me adherían al cuerpo abrasándome la piel, desollándome hasta dejar en huesos.

«¿Por qué cojones estoy pensando esto? —cuestioné entretanto las preguntas y las respuestas seguían de fondo— *Ponte a trabajar, coño*».

—Disculpen —interrumpí—. ¿Su habitación?

El padre, Austin, me miró.

—Por supuesto, agente. A su espalda, puerta amarilla. Haga lo que deba hacer, solo queremos que vuelva. Aunque ya investigaron allí en su momento.

«*Lo sé*».

Alison Avner, chillando e implorando

entre lágrimas, se manifestó al lado de su padre. La podía ver tan nítida como a él, e incluso detectar el parecido que detentaban ambos, y casi captar su dolor, su pena, su frustración.

«*Maldito «don» —pensé ya ante la entrada del dormitorio, como en mano—. Somos como un condenado matrimonio: para lo bueno y lo malo, hasta que la muerte nos separe».*



Un armario a la derecha, empotrado; una amplia cama de edredón grana sobre la cual reposaban dos cojines y un oso de peluche marrón; dos mesitas a sus costados de tres cajones cada una, y un

chifonier de siete más alejado, a la izquierda de una ventana que dejaba avistar la calle abajo, el movimiento de vehículos y transeúntes sobre arcenes y aceras.

El guardarropa no reveló nada inusual: vestuario y calzado. Las mesitas, sostenes y tangas, una caja de analgésicos, varias pinzas de plástico, un boli y una libreta. Pasé sus sesenta páginas ante mis ojos; invertí un escaso segundo en cada una de ellas: un minuto exiguo. En el chifonier hallé medias y calcetines, un pequeño joyero vacío y un álbum de fotos; veinte páginas con cuatro instantáneas cada una: veinte segundos. Previo a dar por concluida la «retención» de datos, miré bajo la cama,

tras cada mueble...

«*Cero* —cavilé ya desde la puerta, echando una última ojeada general—. *Aunque cierto es, que las pistas suelen esconderse en primeros vistazos. Pero en principio, y a falta de reexaminar escritos y fotografías, nada. Buscaré con más detenimiento esta noche, antes de la importante «cita»».*

De pie, conversando ante la puerta de salida, encontré a Jo y a los recién interrogados. Al verme, se dirigió hacia mí:

—Está todo.

—Bien. Entonces podemos irnos. También he terminado.

Me acerqué a los Avner y les

estreché la mano. Jo hizo lo mismo.

—La buscaremos. Haremos lo posible para encontrarla.

—Gracias, agente. —Por primera vez, Rose se dirigió a mí—. No podemos soportar más esta incertidumbre.



*«¿Mejor saber o guardar esperanza? —pensé mientras andaba hacia el ascensor—. Vivir con la ilusión de un reencuentro o conocer la verdad, que en estos casos acostumbra a ser hiriente. Supongo que varía en cada ser, en cada forma de ver la vida. Para mí, la esperanza no es más que un*

*sistema defensivo de la existencia. La utiliza para darnos un motivo por el cual seguir, y que no la interrumpamos de forma súbita. Aun así, yo prefiero el dolor a un eterno desasosiego. El tiempo es capaz de curarlo todo, o al menos, mitigar muchos padecimientos; mas no puede sanar lo que el corazón ignora».*

—¿Qué dicen? —pregunté mientras Jo pulsaba el botón del montacargas.

—Una muchacha normal y corriente. Según ellos, llevaba una vida sana: deporte, estudios, viajes, amigas... No parecía estar turbada por nada ni nadie.

—¿Crees que la eligió al azar?

—Lo creo. —Asintió segura al tiempo que se abría la puerta doble de



metal—. Y tú, ¿has encontrado algo?

—Nada extraño. Basándome en sus enseres y en el aspecto de su cuarto... una chica ordenada, limpia y en apariencia, digamos... una rica del montón. Tampoco creo que pasara demasiado tiempo allí; saciar el sueño y poco más.

—Sospecho que solo nos queda esperar.

—No veo otro camino. Y más, quedando pendiente la reunión de esta noche. Hablaré con «él» e intentaré sonsacarle información, entender sus motivaciones, sus porqués...

—No queda otra, sí.

—¿Vamos a comer? —Aceptó la propuesta con un gesto—. Luego echaré

una cabezada e iré a buscar a Megan. Debo permanecer lúcido y descansado. Envía un WhatsApp al jefe y dile que esperaremos acontecimientos. Mañana a primera hora os comunicaré las nuevas en su despacho. Es una estupidez seguir interrogando a familiares y amigos cuando ya se hizo en su momento. Por ello, te encargarás de hablar con los agentes encargados del caso.

—Claro.

Asintió aunque sabía que no le gustaba recibir órdenes. Pero era su superior y debía acatarlas sin rechistar. Y aunque no siempre lo hiciera, no podía más que consentírsele todo. En realidad, me seducía como nunca otra antes.

# CAPÍTULO 4

## MI VIDA Y CONFIDENTE

**M**e arrojé e intenté conciliar el sueño. No lo conseguiría sin antes concluir lo que había iniciado en el dormitorio de Alison Avner. Así que empecé por la libreta: apuntes de

matemáticas y varios poemas, la verdad, muy hermosos. Recordatorios sobre citas, cumpleaños... «*No encontraré nada. La eligió al azar, seguro*». Continué con el álbum de fotos, recreándome en la belleza de la joven, su esbelta figura... «*Es preciosa. No cabe la menor duda.* —Un mal presentimiento erizó los vellos de mi piel—. *Espero que no sea un jodido depredador sexual*». Imágenes en celebraciones, la playa, discotecas, fiestas... Un acervo de instantáneas plagadas de armonía y bienestar.

«*Puede truncarse en un instante* —pensé relajado, cómodo—. *Andar por el lugar equivocado en el momento inoportuno. ¿Destino? ¿Casualidad?*

*¿Decisiones? Vete tú a saber qué rige la vida».*

La proyectaba sonriente sobre aquella silla de metal. Instantes bien diferenciados de una misma existencia: la felicidad que respiraba aquel álbum fotográfico solapada por la pena que mostró mi móvil horas atrás.

*«Hoy nos cobija la fortuna; mañana nos apresa la fatalidad».*

En posición fetal sentí cómo el sopor se adueñaba de mí. Y el cansancio me ayudó a abandonar esos recuerdos que me apresaban en malestar, apartarlos a un lado; minutos de tregua.

*«No somos nada».*



Marqué el número de Rotze.

—Dime.

—Voy a buscar a Megan, ¿está contigo?

—Sí, Jay, está aquí.

—¿En casa?

—Sí.

—Voy para allá.

—De acuerdo. —Subí a mi Mustang y conduje dirección al que fue mi hogar durante casi una década.

Tras una siesta de casi cinco horas, desperté revitalizado. Aunque a dicho estado vigoroso, se le había sumado una extraña sensación de culpabilidad: haber perdido el tiempo. Pero no sirve de nada cuando no se tiene con qué

ocupar. Lo que odiaba con más vehemencia de mi trabajo, era el hecho de no poseer una pista fidedigna, un camino que recorrer hasta alcanzar un fin; permanecer de brazos cruzados no me agradaba en absoluto. La tranquilidad y el recreo me invitaban a la reflexión, y eso no me sentaba nada bien. Debido a lo escabroso de mi profesión, los malos momentos superaban a los buenos, y se filtraban en mi mente al mínimo despiste. Mantenerme ocupado reducía las posibilidades de inoportunos y desagradables *flash backs*. Os puedo asegurar, que ciertos pedazos resultaban del todo lacerantes.

Sumido en pensamientos arribé a mi

destino. Megan esperaba en la puerta, risueña como siempre. Entró y me dio un rápido beso en la mejilla, se abrochó el cinturón y observó cómo su madre se acercaba.

—Hola, papá —musitó sin ni siquiera mirarme.

—Hola, fea.

—Feo tú.

—Tú más.

—Tú feo y viejo.

—Ahí te has pasado —murmuré desenfadado—. Ha sido un golpe muy bajo. Me la vas a pagar.

Se encogió de hombros.

—¿Quién ha empezado?

Sonreí al tiempo que Rotze se inclinaba y apoyaba su peso en la



ventanilla, dejándome entrever sus hermosos pechos. La desvestí sin darme cuenta y noté cómo mi pene se tensaba; los tejanos evitaron su alzamiento.

—¿Cómo va, Jay? —preguntó mascando chicle como una quinceañera.

—Tirando.

—Tu hija quiere ir a París con unas amigas. —Señaló a la susodicha con el mentón mientras esta gesticulaba burlona con la boca, sin hablar, lo que parecía un «blablablabla...»—. Sé que va a intentar convencerte, así que te aviso de antemano.

—Gracias. Y si no hay más avisos, me voy.

—Pasadlo bien.

Se giró y contoneó su cintura

mientras yo la veía alejarse desnuda de arriba abajo.

—¡No le mires el culo a mamá, salido! —regañó Megan guasona. Y rio como solo a su edad se puede reír: exenta de preocupaciones.

—Calla, fea.

Con ella todo se embadurnaba de buen ambiente, armonía.

«*Ojalá pudiera tenerla siempre*».

—¿Vamos a entrenar esta noche? —preguntó.

—¿Te apetece? ¿Cuerpo y mente?

—Sí. Cuerpo y mente.

—Bien. Pero antes de las once has de encerrarte en tu cuarto. Cosas del curro. No preguntes.

—De acuerdo. Y mañana ya

hablamos de París, ¿no?

—No me vas a liar.

—Eso ya lo veremos...



—Empezaremos por el cuerpo —  
anuncié nada más acceder al piso.

Una vez dentro del cuarto de entrenamiento y como tantas otras veces, Megan se vendó las manos, colocó los guantes y vistió para la ocasión. Me situé tras el saco y le hablé, también, como tantas otras veces:

—Ya lo sabes: tu propósito no es dejar KO, sino semiinconsciente a un agresor, aturdido, para poder zafarte de él. Tu meta es sobrevivir cuando no hay

más remedio que atacar. Por lo tanto, golpes secos, fuertes, sin temor al cansancio; el fondo no es determinante.

Mientras ella ejecutaba con piernas y brazos mis indicaciones: *low kicks*, patadas laterales y circulares, *crochets*, directos... yo pensaba en mis temores.

*«Si le hicieran algo... si me la arrebataran... no tendría más remedio que desaparecer con ella. Cualquiera desalmado podría intentar vengarse de mí utilizándola —cavilé mientras observaba cómo el sudor asomaba por su frente—. Y son muchos los tarados que me tienen en su lista negra. La haré fuerte y rápida, inteligente, para que llegado el temido momento, si llega —espero que no haya de emplear nunca*

*mis enseñanzas—, sepa combatir la maldad que nos destruiría a ambos».*

Del Kick Boxing pasamos al Hapkido, artes de las que poseía el cinturón negro, y practicamos durante hora y media.

—¿A la ducha y seguimos con la mente?

—Claro —contestó jadeando como una parturienta.



—He escogido un periódico al azar —le dije estando ella ya limpia y acicalada, con el pijama puesto—. Vas a mirar una página y a memorizarla. Esperaremos un minuto y la declamarás

con los ojos cerrados, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Abrí el ‘Times’ a un palmo aproximado de sus ojos.

—¿Al azar? —dijo asomando su rostro por encima del papel—. Menudo morro tienes, papá.

—Calla y lee.

Refunfuñó algo que no entendí al tiempo que recorría con la mirada el escrito línea a línea. Sus pupilas desfilaron de izquierda a derecha una y otra vez, sobre cada palabra, hasta terminar el artículo central del rotativo.

—Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho... —Descendí hasta ultimar un minuto—. Cero. Empieza.

—El prestigioso detective Jayden

Sullivan —recito o, más bien, renegó—, fue condecorado en el día de ayer, dieciséis de octubre, con la ‘Medalla al Honor Policial’ por sus múltiples resoluciones en casos de extrema dificultad...

*«Me encanta el inicio... —me regodeé mientras escuchaba su dulce voz—. A ella también, aunque le moleste confesarlo ante mí. Sé que siente orgullo de su padre».*

«Recitó» la noticia de principio a fin y paró. Cerré el diario y lo guardé como oro en paño.

—¿Qué tal? —preguntó expectante.

—Para ser una memorización pura y dura, bastante bien: tres errores sin importancia. Al final me mencionan dos

veces como Sullivan a secas, y tú has añadido mi nombre. Y también en las últimas líneas... a: «uno de los detectives de policía más condecorados de la historia», tú has dicho: «uno de los detectives de policía más atontados de la historia».

Megan se desternilló sobre su silla.

En aquel momento, mientras la contemplaba reír sin aprensión alguna, consideré que había llegado el momento de confesarle lo que tantos años deseaba compartir. Volví a por el periódico y se lo entregué de nuevo.

—Por donde has comenzado. Solo sigue lo que voy a leerte —le indiqué. Y lo abrió—. Primeras cuatro líneas. Escúchame: datlucifid amertxe ed sosac



ne senoiculoser selpitlúm sus rop...

—¿Qué dices?! —preguntó confusa cortando mi locución.

—Leo al revés. Y podría hacerlo con todo el periódico, de arriba abajo y de abajo a arriba, sin dejarme una sola coma.

—¿Qué?

—Has heredado mi don, cierto, pero a un nivel muy inferior. Es hora de que conozcas mi secreto.



—Cuando te quedas absorto en un pensamiento y el mundo parece desaparecer, quedar en un segundo plano... —Asintió embebida por mis

explicaciones—. Pues si eso me ocurre, no controlo mis capacidades, llevándome estas a lugares que en muchas ocasiones desearía haber olvidado. En cambio, si accedo a ellos consciente, puedo dominarlos; me convierto en amo y señor de ese instante seleccionado. Detener, ralentizar, acelerar, voltear, rebobinar... gobierno el espacio y el tiempo de ese pedazo de vida ulterior. —Asintió de nuevo al tiempo que yo cerraba los ojos—. No necesito moverme para «navegar» por esta habitación. —Surqué la estancia y me acerqué a un marco de fotos dentro de aquella, digamos, ‘alusión al ayer’, donde Megan lucía risueña pareo y bañador, y lo «cogí»—. Ahora mismo

tengo en mis «manos» tu fotografía en la playa, la que está encima de la mesa y puedo verla como si fuera un objeto tangible, aunque en realidad, no es más que una visión concebida. En su momento la gravé por todos sus ángulos en mis células cerebrales, para de este modo mantenerla almacenada allí hasta mi muerte. Pero si te levantas y la rompieras, yo seguiría viéndola aquí de una pieza. —Me señalé la sien derecha—. ¿Comprendes? No puedo retroceder ni interceder en el pasado, solo viajar a lugares o sucesos vividos tal cual la vista los registró.

Megan me miró con un gesto exagerado, absolutamente extasiada, boquiabierta...

—¡Eres un puto X-Men! —exclamó con las manos en la cabeza.

—Esa boca, joder.

—Lo siento. Pero es que... ¡es alucinante! Sabía de nuestras aptitudes, pero tú estás a otro nivel. —Se frotó el mentón pensativa—. Voy a ponerte un nombre a lo... Magneto. ¿Mémori?

—Tener hijos para esto —murmuré negando con la cabeza.

*«Se lo toma todo a guasa. Dulce juventud».*

—Tranquilo, papá, digo... Mémori: tu secreto está a salvo conmigo.

Lo intenté. Juro que lo intenté. Pero no pude contener la risa.

*«Ha heredado mi espontaneidad y maravilloso sentido del humor».*



Con Megan ya «confinada» en su habitación, miré el móvil: las once menos diez; diez minutos que se hicieron eternos. En el segundo exacto la pantalla se oscureció y en letras mayúsculas, otra vez, un mensaje: «ENCIENDA EL ORDENADOR, DETECTIVE».

# CAPÍTULO 5

## ORGANIZADO E INCLASIFICABLE

Inicio el portátil nervioso, temeroso de lo que podía encontrar. En un principio no me percaté de nada extraño: mismo escritorio de siempre. Pero al fijarme con detenimiento, hallé lo que sin duda

debía ver: el icono de un lobo denominado «ASESINO EN SERIE». Aspiré profundo mientras mi corazón palpitaba desbocado, y solté el aire al tiempo que clicaba sobre la siniestra imagen. Apareció Alison Avner sobre «su» silla metálica, amordazada, atada de pies y manos a las abrazaderas y patas del asiento. La encontré como ya la había visto tiempo atrás, enclaustrada por cinco paredes blancas y lisas; solo ella sentada ante mí, quieta.

*«Ni siquiera tiene fuerzas para pedir ayuda, suplicar clemencia; ha perdido toda esperanza».*

—¿Hola? —escuché. Una voz alegre, festiva, casi ridícula. Y apareció ante la cámara un hombre portando la careta de

un lobo—. Buenas noches, detective.



—¿Se le ha comido la lengua el gato?  
—preguntó alejándose, sentándose en el suelo al costado de su víctima. Le dejé hablar, a la espera—. Me presentaré para ir rompiendo el hielo, ¿le parece?: soy el lobo feroz, y soy un asesino en serie. ¿Alguna pregunta?

«*Se autoproclama. Curioso*».

Vestía tejanos negros y una camisa del mismo color. Se descubría como un hombre nervioso, inquieto y a la vez diáfano, sin temor alguno, seguro.

—¿Por qué? —contesté impasible, intentando fingir un estado del que no



disfrutaba.

No poder ver su rostro me irritaba. Debía centrarme en estudiar únicamente sus movimientos. No dejaba de gesticular, hacer aspavientos, sentarse y levantarse...

—No defrauda, detective. Todo en una misma cuestión: por qué. Al grano, sin medias tintas... —Asintió de forma exagerada mientras se ponía de pie—. Me gusta. ¿Sabe cuántos tipos de asesinos en serie existen según el F.B.I.? Claro que lo sabe. ¿Puedo hablarle de usted?

«*Es un puto ególatra, se ve a la legua* —pensé mientras contemplaba la quietud de Alison; solo pausados pestañeos en su rostro—. *Un tarado que*

*se jacta de serlo».*

Lo poco que la Kinésica dejaba entrever...: decía la verdad, o en todo caso, lo creía a pies juntillas.

Accedí a su petición. Sabía que me observaba. Y sí, a grandes rasgos, existían dos tipos de asesinos si nos basábamos en sus procedimientos: organizados y desorganizados.

Se acercó al objetivo y susurró:

—¿Qué clase crees que soy?

—Organizado —dije expectante, grabándolo todo con el fin de encontrar más tarde pistas en sus palabras.

—¡Bingo! Y ahí se acaban las etiquetas. Mis motivaciones son inclasificables. No sufro delirios, escucho voces que me alientan a matar o

creo ser la reencarnación de... ¿Hitler? Tampoco creo llevar a cabo ninguna misión que comprometa librar al mundo de personas «indeseables». Ni siquiera busco el placer en mis actos, más allá del que me otorgará el salir indemne de ellos. —Le escuché pensativo, dejando que se explayara mientras se acercaba y distanciaba de la cámara que grababa sus nervudos movimientos—. Te preguntarás cuál es mi finalidad, ¿cierto?

—Cierto.

—Ser recordado como el mayor asesino de la historia.



*«Su debilidad reside en su prepotencia, en creerse incapturable. Si algo he aprendido de mis múltiples casos resueltos, es que los errores aparecen cuando también lo hace la presión. Llegado el momento debo irritar al lobo. Mas con temple, una vida está en juego».*

—Para mí, el número uno —continuó alzando impetuoso el dedo índice—: ‘Jack el destripador’, el más conocido de la historia. Descrito como un ser inteligente, eficaz, burlón, astuto, frío y obsesionado con el crimen. Jamás fue atrapado. —Se encogió de hombros—. John Wayne Gacy Jr., el «Payaso asesino», condenado a veintiún cadenas perpetuas y doce penas de muerte por

treinta y tres asesinatos. Paradigma de ciudadano ejemplar, buen marido y trabajador, elegido «hombre del año» en Chicago, payaso voluntario en hospitales y orfanatos que llegó a postularse como concejal, aunque perdió las elecciones y no le sentó demasiado bien: su rival político fue una de sus víctimas, aunque sobrevivió. Solía recoger a jóvenes autoestopistas o prostitutas para secuestrarlos y llevarlos a su casa. Allí los violaba y torturaba sexualmente para después matarlos y enterrarlos en su jardín, donde se hallaron veintitrés cuerpos. El lugar se le quedó pequeño, aunque nunca dejó de aprovecharlo para celebrar las mejores fiestas del barrio con cientos de

invitados que notaban el mal olor de los cadáveres. Wayne lo justificaba por las filtraciones de un vertedero cercano; su mujer siempre creyó que la peste provenía de las cañerías. Cuando iba a ser ejecutado, gritó entre risas: «¡Besadme el culo! ¡Nunca encontraréis a las demás víctimas! —El lobo se puso las manos sobre la cabeza, o más bien, sobre la careta. «¡Este estaba como una puta cabra!», exclamó. Y prosiguió con sus explicaciones—. ‘El abuelo asesino’, que actuaba bajo un cuadro de sadismo, masoquismo, castración, pedofilia, coprofagia, fetichismo, canibalismo... Realizó todo tipo de perversiones a más de cien niños, matando a quince de ellos. Secuestró a

uno y tras flagelarlo, le cortó las orejas, la nariz, los ojos, le abrió el vientre y se bebió su sangre, siendo por ello conocido también como «El vampiro de Brooklyn». Le condenaron a la silla eléctrica, cosa que le entusiasmó. —Se acercó a Alison y le acarició el pelo. Tembló con el terror marcado en su faz al tiempo que miraba al secuestrador; rímel corrido hasta la boca—. Tres ejemplos que han pasado a la historia por un motivo u otro: número de muertes, doble vida, brutalidad... —Se detuvo un instante, inspiró como si regenerara fuerzas y exhaló largamente —. ¿Todo bien, Jay? ¿Me sigues? — Asentí por segunda vez. Serio. Concentrado—. Bien. Continúo,

entonces. Nada comparable a lo que yo he urdido. A mí se me idolatrará por el buen hacer y la inteligencia. Mi legado será esta obra por acontecer: la mayor y mejor maquinada de todos los tiempos. —Debo admitir, que su retórica embelesaba y aunque maléfica, resultaba del todo entretenida; el tiempo pasó volando entre explicaciones—. Lo que he tramado es casi imposible de desbaratar, algo que solo una mente privilegiada, centrada en un permanente y único propósito durante años, puede hilvanar. Mas como he dicho: casi imposible. Y es ahí donde has de arrojar tus esperanzas, detective: en el hecho de que nada es imposible.



---

*«¿Sabe de mi singularidad y se atreve a jugar conmigo? Muy seguro estás, hijo de perra. Fallarás y yo no obvio errores. Quizá una vez; jamás dos. Es hora de empezar a tensar la cuerda».*

—No dejas de hablar de una prueba, una competición. —Me tomé la libertad, al igual que hacía él conmigo, de tutearle—. ¿De qué trata? y... ¿Por qué darme la oportunidad de salir victorioso? Si tu plan es tan perfecto... ejecútalo sin más.

—No... Debo vencerte, escapar de las garras del más grande y su poder oculto. Todo lo que aquí acontezca se

filtrará al mundo. La red rebosará nuestra historia y los noticiarios no hablarán de otra cosa: el gran ‘lobo feroz’, que para entonces ya gozará de nombre y apellidos. Tu debacle en pos de mi encumbramiento como el mayor homicida. Pero no sería una justa competición sin equidad de condiciones, ¿verdad?, y yo llevo años de preparación con respecto a ti. Por ello te daré pistas. Por ello, me tendrás cerca e incluso conversarás conmigo sin que, obviamente, sepas estar ante el hombre al que das caza.

«*Poder oculto. Conversarás conmigo...* —Sus palabras no dejaban de resonar en mi cabeza».

—Entonces, ¿buscas notoriedad? No

me parece el objetivo más original del mundo.

—No... no te equivoques, detective: busco eternidad. Sé lo que soy y lo acepto, pues no puedo ser otra cosa. Y por ello seré recordado.



Se sentó sobre el regazo de Alison, que aguantó el sobresalto ostensiblemente tensa sin moverse un ápice.

—La competición... preguntas. Dentro de veinticuatro horas la ejecutaré. —La joven no soportó la presión y gritó tras la mordaza que evitaba que escucháramos sus lamentos,

agitándose desesperada bajo el que prometía matarla—. Y tras ella a cuatro mujeres más; una al día, día tras día. Mañana, previo a su muerte volveremos a conversar. ¡Y he preparado una sorpresa espectacular! Pero antes de despedirme daré tres consejos: no busques más allá de estos encuentros; no pierdas el tiempo investigando a mis futuras víctimas, no hallarás nada; y no te atrevas a acudir a nuestras citas acompañado, o pagarás las consecuencias. Si cumples con tu parte, yo cumpliré con la mía. A la misma hora.

—¡No! ¡Espera!

El portátil se apagó y me observé gritando en su pantalla negra; reflejo

oscuro como sospechaba serían las horas venideras.



Quedé con la extraña sensación de acumular gaseosos interrogantes en mis tripas; parecían pedir a gritos una flatulencia impregnada en esa falta de conocimientos que me indisponían. Sin dirección en la que encauzar la investigación, hecho que me destemplaba los órganos, corrí al servicio y vomité líquidos que recorrieron mi esófago dejando en mis dientes acidez, y sentí de nuevo el clamor de mis retorcidas y desasosegadas vísceras. Me mareé.

*«¿Cómo sabe de mi singularidad? —cavilé de rodillas ante el retrete, mirando los hilos que todavía regurgitaban de mi boca—. ¿Le conoceré? Necesito un especialista que me asesore; toda ayuda es poca. He de adentrarme en su mente y sonsacarle información de forma sutil, sin que lo aprecie».*

Y sabía a quién acudir: Sam Baker: psicólogo, psiquiatra, psicoterapeuta y psicoanalista: eminencia en lo referente a la mente humana, en especial, las «averiadas».

También apreciaba que no conseguiría dormir; bien poco importaba el cansancio acumulado. Tras lo sucedido solo un hecho lograría que se

apaciguara mi ser: revivir lo acontecido en busca de señales ignotas. Cerré los ojos —me ayudaba a visualizar—, y me dispuse a conversar de nuevo con el ‘lobo feroz’.

*«Sondearé cada palabra, cada gesto, cada detalle... Indagaré en las menudencias y hallaré el indicio que me lleve al éxito —pensé experimentando leves mejorías en mi estado anímico, convencido de mis aptitudes y capacidades—. Todos creen ser más listos que yo al principio, tener el plan perfecto y... todos sucumben a Jayden Sullivan».*

—¿Hola? —escuché por segunda vez. Y reapareció ante la cámara la

«bestia» que debía cazar—. Buenas  
noches, detective.



# CAPÍTULO 6

## LÍNEAS QUE REVELAN

—¡Vamos, dormilón! ¡A desayunar!  
—escuché amodorrado en la cama;  
ronroneé cual gato acurrucado en un  
regazo.

*«Habrá que levantarse o volverá  
atizando con el matamoscas y...».*

Me acicalé y bajé a la cocina entre resoplidos; me costaba horrores despertar.

—Buenos días, hijo.

—Hola, mamá.

Posé mi trasero en la misma silla donde lo hacía todas las mañanas: buscaba el primer bocado del día. Mi madre deslizó ante mis ojos un plato con tres salchichas de Frankfurt, huevos revueltos y dos trozos de beicon muy hechos, como sabía me gustaban.

*«Me ha entrado el hambre de golpe».*

—Hoy tienes examen de historia, ¿verdad?

—Sí.

—Bien.

*«Ni siquiera me pregunta ya si he estudiado. Sabe que voy a sacar otro diez...».*

Quedó limpio como una patena, incluso lo rebañé con un pedazo de pan. Me despedí e inicié el largo trayecto que existía desde mi casa al colegio. Las clases, de escasos diez alumnos se efectuaban en un convento reconvertido en aulas, situado en las afueras del pueblo. Como solía ser habitual, encontré a Sara en la esquina que daba a la plaza. Siempre fingía un encuentro fortuito; yo sabía lo premeditado de aquellos «encontronazos».

—Hola, Jay —saludó jovial.

—Hola, Sara.

—¿Te sabes el examen? Vaya

preguntas hago, jeje...

—Sí, claro.

—A ver si hoy consigo igualarte; superarte es imposible.

Sonreí al tiempo que una furgoneta blanca se paraba en medio de la calle, a nuestro lado. Un hombre mayor asomó por la ventanilla.

—Buenos días, chicos. Tu padre me ha pedido que te acerque al colegio. — Señaló a Sara.

—¿El Sheriff? —pregunté dudoso.

Mostró sorpresa ante mi pregunta y sus posteriores palabras, me revelaron que mentía.

—Sí, sí... claro, el Sheriff.

Agarré a Sara del brazo y le susurré:

—No subas. Vámonos.

—No tengo ganas de andar —dijo al tiempo que se zafaba de mí y subía al vehículo. No pude evitarlo, sucedió muy rápido. El hombre arrancó y se perdieron calle arriba.

Podría haber llamado a cualquier puerta en busca de ayuda, pero la incertidumbre me llevó a no hacerlo.

*«No la llevaré al colegio. No... no, no...».*

Corrí atesorando desagradables presagios en mi cabeza, deseando errar en aquello que temía le haría aquel hombre, llegar al patio y encontrarla como siempre ufana.

Pero cuando llegué, no estaba.

Jadeante entré en el despacho del director.

—Por Dios, Jayden, ¿qué ocurre?

—Sara ha subido a una furgoneta — balbuceé agitado—. Dijo que la traería aquí, y no lo ha hecho.

—¿Cómo? ¿La hija de Collins, el Sheriff?

—Sí. Temo que le haga daño.

—Espera aquí.

El director Austin abandonó la estancia alarmado. Ante su mesa de despacho padecí otra vez esos malos augurios que ya parecían ir confirmándose. No pude evitar la taquicardia: primero despacio, luego, con brío. Desahogué mis miedos entre aquellas cuatro paredes repletas de diplomas.

Pasados quince minutos, el padre de

Sara entró; la estrella de su uniforme brillaba reluciente.

—Hola, Jay —dijo acucillado ante mí—. Cuéntame qué ha sucedido.

No me anduve con rodeos:

—Han secuestrado a Sara.

No he vuelto a ver unos ojos tan asustados.

—Dime lo que sepas. ¿Dónde ha sucedido? ¿Hacia dónde han ido? ¿Qué recuerdas, hijo?

—Todo.

—¿Qué?

—Lo recuerdo todo.



—Pida y le daré —rogué todavía

lacrimoso.

Permaneció unos instantes pensativo, ceño fruncido. Habló al fin:

—Dirección en la que han circulado, marca del vehículo, color... ¿Matricula?

—Al camino de la ermita; una Ford de color azul, no llevaba impreso el modelo; BYW 753H.

—Ese camino está repleto de entradores a los cercados... —rumió el director como si estuviera hablándose a sí mismo. El Sheriff dirigió sus pasos presto a la salida, abstraído en sus preocupaciones.

—¡Espere! —Me alcé y cogí de la mesa una hoja en blanco y un lápiz—. Creo que esto le ayudará.

Dibujé apresurado sobre el folio y



del mismo modo, le entregué lo que había trazado.

—¿Y esto qué es?

—El dibujo de las ruedas. Esta noche ha llovido y se habrán marcado en el terreno.

Me miró de nuevo estupefacto y sin tiempo que perder, me besó afanoso en la frente.

—Gracias, hijo.

Marchó como si le hubiera llevado el Diablo.



El examen se aplazó y las clases transcurrieron bajo el silencio, los murmullos y los susurros. La noticia

corrió como veneno en sangre y todos se atrevieron a vaticinarle un final, por lo general, funesto. Yo me ahogaba en mis propios augurios, que tampoco transcurrían por la vereda de lo positivo.

Terminadas las largas horas de nulo aprendizaje, me dirigí al hogar esperando que mi madre supiera algo; la incertidumbre dolía más que el saber, fueran buenas o malas noticias. Cuando llegué, nadie contestó al timbre. Abrí con mis llaves. Me dispuse a subir a mi cuarto cuando la puerta se abrió. Me escondí en lo alto de las escaleras.

—No podemos fiarnos de nadie — lamentó mi madre—. Casi la viola y la mata. Por lo visto, su padre ha llegado

justo antes de que ocurriera nada. —La imaginé santiguándose; siempre lo hacía —. El muy desalmado había cavado una fosa tras la masía.

Me quedé de pie anquilosado por sus palabras. Sentí alegría y pena por lo ocurrido: satisfacción al saberla a salvo; aflicción al advertir la maldad que paseaba por el mundo.

Alguien llamó al timbre y escuché cómo abrían, hablar a mi padre; no entendí lo que decía.

—No sé si está. Un momento. ¿¡Hijo!?! ¡Te buscan!

—¡Sí! —contesté al tiempo que bajaba las escaleras de dos en dos.

En la entrada encontré a mis padres, al Sheriff y a Sara. Me sonrieron. Y ella

se abalanzó sobre mí rodeándome con sus brazos.

—Gracias a él la hemos encontrado antes de que fuera demasiado tarde — comunicó Collins mientras a mí me apretujaba su hija—. Es muy especial. Nunca lo olviden.

El Sheriff me miró y me lanzó en un susurró un sentido «gracias», que recibí con total claridad. Asentí entre el candor de mi amiga.

—Bueno —deslizó también Sara en mi oído, sin dejar de apretar—. Tendremos más tiempo para estudiar.

Me sorprendió su entereza; entereza que yo le había otorgado.



—Papá, despierta. Te has quedado dormido.

Megan zarandeaba mi cuerpo mientras yo permanecía todavía en dos épocas. Poco a poco, fui centrándome en el presente.

—Me he dormido mientras evocaba aquí sentado, y he saltado de un recuerdo consciente a uno inconsciente —musité adormecido.

—¿Qué?

—Nada.

—Ve a la cama, anda... Tienes mala cara. Debes descansar.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos cuarto.

—Quédate en casa hasta nueva

orden. Hazme caso y no rechistes — ordené todavía atolondrado—. He de cumplir con mi deber.



He vuelto a aquel recuerdo ininidad de veces: la felicidad de un padre al recuperar a su vástago; la satisfacción de salvar una vida; la emoción de palpar a un ser que estaba allí, entre mis brazos, gracias a mí... Merecía la pena rememorar aquellas sensaciones que, al fin y al cabo, me llevaron a ser lo que soy.

# CAPÍTULO 7

## CAMA DE AFILADAS PÚAS

Esta vez no desperté a nadie. Sentado a oscuras en mi despacho, rebuscando en esa conversación truncada por un sueño/recuerdo infantil, esperé que Jo y Carter llegaran.

No descubrí en esa segunda pasada

nada que no hubiera apreciado en un primer lance. Así que, decepcionado, me dispuse a tomar el primer café de la mañana. Al abandonar el despacho dirección a la cafetera, vi a Jo subiendo las escaleras. Comía una napolitana. Solo el verla ingerir me provocó náuseas. «*Putos nervios*».

—¿Existe algo que te quite el hambre, mujer de Dios? —le pregunté cuando alcanzaba el último peldaño.

Me deleitó con una pausada peineta.

—Que sean dos —solicitó al adivinar mis intenciones. Y esperó en la puerta del comisario sin ni siquiera saludarme.

Casi de inmediato, apareció el susodicho introduciéndose en sus



«dependencias», seguido por mi compañera, previo saludo a ambos. Yo fui el último en acceder con dos vasos humeantes.

—Os lo voy a narrar tal cual ocurrió —dije al tiempo que le entregaba el café a Joe —por supuesto, sorteé las partes en las que se dejaban entrever mis habilidades mentales—. Sabéis de mi buena memoria y la voy a utilizar para trasladaros lo que viví, que por otra parte, no tiene desperdicio. Y así lo hice: les describí los sucesos con suma exactitud.

—Nunca dejará de sorprenderme tu capacidad para recordar —musitó Carter tras «degustar» una pequeña porción de mi don.

—Nos va a joder, lo presiento — auguró mi compañera—. Esos últimos consejos... son más bien tres amenazas como tres soles: no busques más allá de estos encuentros; no pierdas el tiempo investigando a mis futuras víctimas, no hallarás nada; y no te atrevas a acudir a nuestra cita acompañado, o pagarás las consecuencias... Limitan demasiado nuestra actuación.

—No obedezco a asesinos y tampoco atiendo a los consejos de un puto tarado. —Me dirigí al comisario—. En la mesa de mi despacho verá un portátil, y en su escritorio, un icono de nombre «ASESINO EN SERIE». Investiguen la procedencia de la señal o lo que cojones se rastreé en estos casos. ¡Y que lo

hagan los mejores informáticos del mundo, hostia! —Giré hacia mi colega, cabreado ante la falta de pruebas, de indicios... de todo—. ¿Hablaste ayer con los agentes del caso ‘Alison’?

—¿Lo has bautizado?

—Estoy cansado y bastante irascible, así que no me toques los cojones.

—Cómo están los ánimos... Uhhhhh... —Fingió temblar de miedo—. Sí, hablé con ellos.

—Redacta un informe.

—*D'accord.*

—No hay tiempo que perder, voy a hablar con Sam Baker. ¿Quedamos a las dos en el restaurante de siempre?

Jo asintió entretanto Carter me agarraba de los hombros.

—Siempre das con la tecla, Jayden. Esta vez no será distinto. Si hay novedades, te llamo al móvil.

—Perfecto.

Me sentí desamparado y solo —no sé por qué—: un hombre desnudo tiritando en medio de un bosque helado; un barco a la deriva en la noche, con el único anhelo reinante de divisar un punto en la oscuridad que salve su casco de encallar en la roca...



—Te veo cansado, Jay —dijo Sam al recibirme en su consulta—. ¿Algún cabrón te está fastidiando?

—Por qué iba a estar aquí sino...

—Cuéntame.

Efectué el mismo procedimiento que en el despacho del comisario: escenificar lo acontecido como si de una función de teatro se tratara; y no era la primera vez que le deleitaba con una de mis actuaciones. Mayormente, describía de pie, intentando pormenorizar la escena de un crimen, proyectarla en su imaginación. Señalar, gesticular, moldear el aire con las manos dándole formas que él debía hacer realidad; que a partir de unos hechos, su sabiduría médica me facilitara una mentalidad criminal. En aquella ocasión, se lo iba a poner fácil.

Observó entretanto apuntaba en su libreta, sin abrir la boca.

—Un caso de egolatría en toda regla —explicó una vez terminada la representación—. Siente total veneración por sí mismo. Necesita exteriorizar, mostrarle al mundo esa magnificencia que cree ostentar. Seguro les habrá contado a cada una de esas chicas su plan con el único propósito de sentirse importante; habitual en los de su «especie». Es muy probable que posea un cociente intelectual alto, cercano a los ciento cuarenta puntos, puede que más. Cree controlar la situación y no dudo que lleve años gestando ese plan del cual se enorgullece. También observo un deseo de superación con respecto a su perseguidor, o lo que es lo mismo: idolatra al detective aunque

deseo matarlo. Mi consejo es el siguiente: mientras todo transcurra en línea y sin altibajos, tendrá la sartén por el mango. Debes hacer que se sienta menospreciado sin que capte tus pretensiones. Hazle sentir una falta de interés por tu parte: ser para ti un asesino más. Querrá así demostrar su inteligencia, no ser un criminal al uso. Y cuando desvíe sus pasos del programa trazado, será cuando las posibilidades de error aumenten.

—¿Alguna forma de mimetizar ese desdén? ¿Cómo mostrarle indiferencia sin que resulten obvias mis intenciones?

—Háblale de otros asesinos a los que hayas detenido. Hazle ver que ellos jugaban con desventajas que él no

detenta: conocer tus habilidades mentales, por ejemplo. —Se quedó mirándome y sonrió amigablemente—. Sé que padeces algún tipo de fenómeno consistente en el incremento del recuerdo neto. Y sé que él lo sabe. Puedes engañar a los «mundanos», no a mí.

«*Cabronazo*».

—Me has descubierto. —Le devolví el amistoso gesto—. Espero que sepas guardar mi secreto, o tendré que matarte. —Le guiñé el ojo.

—Por supuesto. Soy demasiado joven y bello para morir. Pero me gustaría hablar de tus facultades con más detenimiento y profundidad.

—Otro día, Sam... Hoy tengo



mucho... —En ese justo momento noté cómo me vibraba el móvil: Carter—. ¿Sí?

—No vas a creerlo: hemos rastreado la señal y... tenemos el lugar desde el cual transmite. Te envió un helicóptero, ¿dónde estás?

Cinco agentes me esperaban en la calle; todos los accesos cortados.

—¿Dónde? —Pregunté esperando que cualquiera de ellos me contestara.

—Staten Island.



El viento creado por las hélices del aparato me lanzó a la cara todo el polvo

de Manhattan; o esa sensación tuve. Nos elevamos hasta surcar los rascacielos en silencio, disfrutando de las vistas. Observé esos altos bloques que la aeronave evitaba con soltura y los imaginé como afilados clavos. Como si tratándome yo de un faquir, esperaran que mi espalda desnuda se posara en ellos. Nueva York: cuna de asesinos; cama de cortantes púas. Rara vez un mal presentimiento se descubrió tan cierto y real en mi subconsciente como aquel día.

*«No puede ser tan fácil —pensé desde las alturas, divisando ya a lo lejos el dispositivo policial desplegado ante la casa—. O quizás ha errado. Quizá solo se creía un maestro del crimen y*

*no lo era. Sea cual sea el motivo, y por muy mala espina que dé... hemos de entrar. Pero si tuviera que apostar, me temo lo haría al negro de mis miedos y al rojo de esa sangre... que espero no haya que derramar».*

Justo cuando mi pie derecho tocó la calzada... justo desde ese punto he iniciado un sinfín de veces lo que a punto estaba de suceder. Sin duda alguna, un fragmento digno de revivir. Pero también, sin ninguna duda, nada complaciente.

# CAPÍTULO 8

## A TRAVÉS DE UNA LUNA ROTA

Una intersección a nivel y, a un costado, sin parcelas colindantes, una casa de baja altura, de madera. Parecía colocada allí de forma estratégica, aislada sobre un manto de césped alto y descuidado; amplio espacio de

maniobra y fácil de cercar. Ante la construcción, seis coches de policía dibujaban una línea divisoria y disuasoria tras la cual, alerta, permanecían un innumerable número de agentes, incluidos artificieros y S.W.A.T.

*«Bien hecho, jefe: rápido y completo».*

—Es Jayden Sullivan —le susurró sorprendido un agente a otro.

Avancé entre los murmullos hacia Jo y Carter, que esperaban tras la barrera de vehículos. Me situé entre ambos y les saludé con un asentimiento.

—Parece deshabitada —ilustró el comandante—. O al menos, los sensores de movimiento y calor eso indican.

Al otro lado de la muralla de autos, un oficial se disponía a alertar con un megáfono:

—Desalojen la vivienda, por favor, policía de Nueva York. —Hizo un aspaviento manifestando no ser su primer intento, y se parapetó cerca de nuestra posición.

—¿Y quién vive?

—Una tal Margaret Clark: solterona sin hijos de cuarenta y tres años.

—Que manden al robot —ordené tajante—. Es una trampa.

—¡El robot! —requirió Carter a los artificieros.

—También lo creo —aseguró muy seria mi compañera—. Demasiado sencillo. Aunque ojalá hallemos a las

cinco chicas ahí dentro. *Mais ça n'arrivera jamais.*

—*Nous allons bientôt savoir* —  
contesté ante su fascinación.

—Eres una auténtica caja de sorpresas, detective Sullivan.

—Es mi estilo. Qué le vamos a hacer...

Jo sonrió sin desviar la mirada de la construcción.

—Por una vez —musitó el jefe obviando nuestra políglota conversación —, nos podría sonreír la suerte, ¿no?

Su retórica, como suele ser habitual, quedó en el aire.

El autómatas descendió la rampa trasera de la furgoneta y se dirigió hacia

la entrada. Seis robustas ruedas y una lanza central acabada en una pinza rotatoria; el resto, metal y cables. Entré en el furgón dispuesto a observar sus andanzas por la vivienda. La cámara en lo alto del aparato mostró cómo al simple empuje, la puerta se abrió lenta y chirriante. Ya dentro circuló pausado entrando en cada habitación, registrándolas: dos pequeñas estancias con una sola cama, sin mobiliario. Dejando estas atrás, llegó al salón principal: una amplia y grisácea estancia con tres ventanas de persianas casi bajadas. Una cocina encastrada en la pared a la izquierda y una mesa de madera redonda, en el centro; varios cuadros y un reloj de cuco de al menos



metro y medio empotrado en la pared, al frente... No se apreciaba nada extraño, al menos nada que hiciera pensar que allí no radicaban más que muebles y enseres; una casa solitaria en una zona tranquila.

—Bien —dije decidido—. Que entren los S.W.A.T. y la registren de arriba a abajo. Algo ha de haber. Les acompañaré a la retaguardia.

—Voy también —afirmó Jo.

—Detrás de mí.

Carter transmitió la orden y la unidad de élite se dispuso a acceder. En fila india, equipados con armaduras corporales pesadas, fusiles de asalto, visores de infrarrojos y detectores de movimiento —sabían del peligro que

podía acechar aun confirmado su estado desierto—, penetraron en la construcción prefabricada. Mediante señas manuales y en absoluto silencio, dos miembros se introdujeron en las habitaciones a izquierda y derecha, mientras los demás entrábamos en la sala de estar. Cada cajón, armario o repisa fue examinado con detenimiento: nada. «¡Cu-cuc, cu-cuc, cu-cuc...!».

Su puta madre —se me escapó entre convulsiones: el reloj marcaba la una del mediodía.

No fui el único en resoplar tras el sobresalto.

El agente al mando se señaló los ojos y tras esto, al cuclillo que con su canto casi nos había matado del susto; en su

pico, un pósito. Lo arrancó y por primera vez se escuchó una voz entre las paredes de la vivienda:

—Se lo advertí, detective: no busques más allá de estos encuentros. ¡BOOOOM...!

Me enfrié de pronto. Me torné un bloque de hielo.

—¡Corred! ¡Fuera de aquí, va a estallar! —grité agarrando a Jo del brazo.

A partir de ahí todo ocurrió muy rápido. Pero como ya os he dicho, he regresado muchas veces allí, y en mi recuerdo perdura todo como un momento de lentitud. Los S.W.A.T. debilitaron las ventanas a balazos como si ya hubieran entrenado la forma de escapar de

situaciones semejantes, y con sus propios cuerpos las traspasaron. Yo corrí tirando de mi compañera, que tropezó dándose de bruces contra el suelo. La levanté y seguí arrastrándola como pude; no huiría de allí sin ella. Apenas nos iluminó la luz del sol, nuestros tímpanos se estremecieron. A medio metro del suelo volé directo a los coches que envolvían la residencia, derecho a la ventanilla de uno que, a dos ruedas, se alejaba debido a la onda expansiva; no lo hizo lo suficiente. A mi derecha Jo surcaba el aire envuelta en pedazos de madera ardiendo, humo, polvo... Recuerdo pensar: «*Morirá. Nunca más volveré a verla. Ni a mi Megan, mi hermana, mi madre...*». Y en

ningún momento lamenté la posibilidad de morir aquel día; solo el hecho de dejarlas atrás.

Mi cuerpo acabó incrustado en la ventana derecha de un vehículo policial. Y justo antes de perder el conocimiento, a través de su luna rota, vi a mi compañera de pie, ensangrentada, sucia...

Me miró. La miré. Me desmayé.



Lo primero que vi al despertar fue la borrosa silueta de mi hermana. Rodeada por el blanco de las paredes no dudé un segundo de quién tenía delante: podía olfatear mi propia sangre. Las imágenes

se esclarecieron al tiempo que se dirigía a la puerta de lo que, sin duda, era la habitación de un hospital.

«¿*Qué hora es?* —me pregunté nervioso—. *Por Dios, que no sea tarde*».

Me incorporé dolorido y entonces, vi mi brazo escayolado. «*Jo... Estaba de pie, ha de estar bien*». Mis miedos se dispersaron al verla entrar junto a Helen y un médico. El doctor se acercó e iluminó mis ojos con una especie de puntero. «Mire aquí, miré allá...»: lo habitual tras padecer un traumatismo craneal.

—¿Puedo irme? —pregunté yendo al grano.

—Debería permanecer en

observación al menos veinticuatro horas más. Ha tenido suerte: magulladuras y la muñeca rota; poco para lo que podría haber sido.

—Pásame el pantalón —le pedí a Helen, que lo extrajo de un pequeño armario a mi derecha. Le desenganché mi placa y se la enseñé al doctor—. Esta de aquí dice que nada de observaciones.

—Pues la ley es la ley... —Me sonrió mientras extraía de mi pecho los parches que me monitorizaban las constantes vitales—. Pero tenga cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo tendré.

Se fue por donde había llegado.

—¿Cómo se encuentra mi hombre bala preferido? —preguntó mi compañera,

supongo, intentando quitarle hierro al asunto.

—Un poco mareado y al parecer, ayer corrí siete maratones seguidos y no lo recuerdo, pero bien. ¿Qué hora es? Y Megan está sola en casa...

—Las cuatro de la tarde. Ya hemos avisado a Megan. Quería venir, pero no me ha parecido seguro.

«*Tiempo más que suficiente* —cavilé sintiéndome inmensamente consolado—. *Menos mal*».

—Bien hecho. ¿Hubo bajas? ¿Estás bien?

—Sí. Magulladuras y siete grapas en el codo: solo otra marca más de guerra. Y no, nadie murió, ni siquiera hubo heridos graves.



—Bien —celebré ya sentado en la cama—. Me largo de aquí, no estoy para perder el tiempo. Y tú qué, hermanita, ¿no dices nada?

No era normal verla tan callada: torbellino de energía, excitación, intranquilidad...

—Hemos de hablar. —Miró compungida a Jo y esta le asintió marchándose de la sala—. Parece que os habéis puesto de acuerdo, ¿eh, hermano?

—¿De qué hablas?

—Está ingresada en el ‘Monte Sinaí’. Dicen que no pasará de esta noche.

Quizá se me juntó todo. Demasiados pesares invadiéndome por todas partes. Sabía de su falta de tiempo y estaba

preparado para afrontar ese ‘adiós’ que ya parecía inevitable, aunque ello me sumergiera en dolor.

*«El tiempo lo cura todo, dicen — pensé mientras la imaginaba sirviéndome el desayuno—. Será a los que pueden olvidar».*



‘El Monte Sinaí’: lugar donde según la Biblia, Dios le entregó a Moisés los ‘Diez Mandamientos’; y nombre del hospital que recorría renqueante. La mezcla social característica del lugar se apreciaba en cada recodo de sus níveos y anchos pasillos. Resultaba curioso que uno de los más caros y avanzados del

mundo, al mismo tiempo dispusiera de múltiples camas para gente sin recursos. Supongo era el pago por prestar servicios a los ciudadanos del Upper East Side y Harlem: uno de los más prósperos y uno de los más deprimidos barrios de la isla.

Le pedí a Helen que desalojara la sala; familiares que hube de saludar uno a uno. Por supuesto, también explicarles el porqué de mi brazo en cabestrillo. Conté lo primero que se me pasó por la cabeza; no estaba para esclarecimientos.

Entré y me brindó la más bella de las sonrisas. La encontré esplendorosa como siempre: sus lisos y grisáceos cabellos descendíendole por los

hombros, sus ojos verdes, su arrugada aunque atildada piel... Ni siquiera me preguntó por el yeso.

—Mi niño hermoso... —musitó estirando los brazos—. Ven, que te acaricie.

Aprecié cómo algunas lágrimas intentaban escapárseme de los ojos, y aunque intenté contenerlas, dos consiguieron hacerlo descendiendo por mis mejillas. Las borré con el dorso de mi mano. Rozó mi cara con sus manos frías y me hizo retroceder en el tiempo. Me enseñó a sobrellevar el don, a usarlo con el único propósito de hacer el bien, el camino a seguir para llegar a ser el hombre que soy.

*«Y ahora te vas sin que pueda hacer*

*nada —lamenté bordeando el sollozo—. Estamos y de pronto, ya no. Aves de paso, turistas por un espacio que apenas nos da tiempo a visitar. Marchamos con tanto por vivir...».*

Finalmente no fui capaz de contener esas gotas que con tanto ahínco luchaban por salirseme de los lagrimales.

—No llores, mi ángel, no voy a morir mientras tú no lo hagas. Solo nos vamos cuando se nos olvida. —Me señaló la frente, ostensiblemente débil—. Y tú me mantendrás ahí con vida.



Esperé a que el ascensor bajara pensando en mi nula predisposición a

hablar con nadie; menos, con un asesino en serie. Me dispuse a entrar a través de su doble puerta corredera cuando la vi, como si me esperara disimuladamente.

—¡Jay! —Me abrazó. Una eternidad parecía habernos separado; solo casi una eternidad.

—Me alegro mucho de verte, ¿vienes a despedirte?

—Sí... ¿Y ese brazo?

—Nada: gajes del oficio. Se alegrará mucho. Para ella eres como una hija.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—La echaré mucho de menos.

—Siempre habla de ti, ¿sabes? Mi hijo: el gran detective, el salva vidas, el mejor del mundo... —Me sonrió compungida y fijó sus grandes y azules

ojos en los míos—. Está muy orgullosa de ti; todos lo estamos. —Me abrazó de nuevo y me susurró al oído—. Tendremos más tiempo para estudiar, ¿recuerdas? No estés triste, pues ella parte feliz. Eres el héroe de muchos, Jayden Sullivan; y siempre lo serás de Sara Collins.

# CAPÍTULO 9

## LA SORPRESA DEL HOMBRE LOBO

**P**asé por comisaría a recoger el portátil —Helen me llevó debido a mi estado no apto para la conducción—, pero el jefe ya no estaba, se había ausentado por menesteres de índole policial. Me llamaron Rotze, Sam, Jo,



Megan... y en última instancia, este:

—¿Estás bien? —preguntó nada más descolgué el aparato, justo cuando me disponía a entrar en mi piso—. Menudo hijo de puta ese asesino «tuyo»...

—De esta ya nos hemos escapado... Hasta la siguiente, ¿no?

—Eres duro de pelar, sí...

—Supongo que esa mujer... esa tal Margaret Clark, pasa ahora a ser futura víctima del ‘lobo feroz’.

—Me temo que sí. Ni rastro de ella. Si la secuestró lo hizo hace poco, dos días a lo sumo, al menos a tenor de lo extraído de sus allegados.

—Esta noche haré que se tuerza, conseguiré desviarle de su plan. Sé lo que debo hacer.

—Me he tomado la libertad, al menos hasta que esto acabe, de colocarles vigilancia a tus familiares más cercanos: Rotze, tu hermana y Megan. A primera hora acudirán dos agentes a tu casa.

—Gracias.

—¿Al amanecer en mi despacho?

—Sí. Nos vemos allí. Espero que con buenas noticias.

—Ten cuidado.

*«Te dedicas a hacer el bien, a salvar vidas —pensé con la llave ya dentro de la cerradura—, y la existencia te paga con el desazón y la continua inquietud, el sufrimiento al sentirte protector de los que más amas. No hay mayor miedo*

*que la posibilidad de una venganza a través de ellos. Truncar a alguien que causaría dolor y muerte... imaginar a esas personas que prosiguen, que quizás tengan hijos, que quizás hagan cosas importantes... esas que todavía están por nacer. Muchas almas deambulan gracias al trabajo del detective. Reconforta advertir que esa angustia con la que debo cohabitar, sirve para que otros no la padezcan; que todo tiene un fin, que todo es por algo, que no estoy tirando mi vida al retrete por nada».*

Tuve amigos y amigas que a causa de mis tendencias a trajinar con asesinos en serie, se fueron alejando. Mi matrimonio

se desgastó también debido a esos flirteos que, a espaldas de mi esposa, tenía con mi profesión. Del trabajo con Jo al hogar con Megan: así transcurría mi existencia; y no siempre encontraba a mi hija en casa.

Me costó tiempo asimilarlo. Pero un día entendí, que no era el dueño de mi propia vida.



Me apretó con tanta fuerza, que la sentí como una prensa.

«*El motivo de todo*».

—Vale, cariño, me duele hasta el último centímetro del cuerpo.

—Joder, papá, estaba muy

preocupada.

—Esa boca.

—Perdón.

—¿Te duele? —Me señaló el brazo.

—Es como tener un palpitante corazón en la muñeca. Pero los analgésicos lo mantienen a raya. —Le acaricié el mentón muy cansado—. La abuela se muere, ¿sabes?

—Lo sé —susurró con unos ojos tan cristalinos que parecían mar.

*«Es fuerte. Filtra y acepta, como su padre. Aunque la pena le arraigue por dentro».*

—Voy a descansar. Cena lo que quieras, yo lo haré cuando me levante. A las once menos diez, si todavía estoy en mi cuarto, me despiertas, ¿de acuerdo?

No lo olvides, es importante.

—Hecho, Mémoi.

Sus palabras, aunque intentaron endulzar el momento, sonaron tan tristes como la atmósfera que nos cubría.

«Ah, sí... mi nombre de superhéroe —pensé sarcástico, sonriendo sin ningunas ganas—. *Lo había olvidado*».

Como era de esperar, duré apenas cinco minutos insomne. Sin presentir su acercamiento me adentré en el autogobernado reino de los sueños, y soñé lo que tantas veces había soñado.



Como si no hubiera nada más: las luces delanteras de mi Mustang y las

traseras, rojas y tenues, del coche azul que acababa de sortear al más puro estilo hombre bala; y mucha oscuridad. Mis piernas no respondían a estímulos y bajo mi desgarrado pantalón, se habría la piel; a través de ella asomaba una tibia blanca y roja. Me arrastré quejumbroso dirección al vehículo que me llamaba en cada cabezada, cada descuido, que me hipnotizaba con sus faros carmesí. No distinguía ya árboles, solo negror. El bosque parecía haberse esfumado, dando paso a una niebla densa como el humo de un cigarro. Narcosis centrada en esa terrible colisión que me truncó la vida en el pasado, y que no era capaz de expulsar de mis recuerdos, me perseguía en la

inconsciencia y el reposo.

Quejidos que aumentaban de intensidad a cada palmo que mi destrozado cuerpo recorría sobre la calzada, parecían llamarme desde el interior de aquel automóvil. Y un grito entre el silencio, imperante y sordido se escuchó al tiempo que abría su puerta trasera. Al descubrir lo que escondía el amasijo de hierros... nada; solo, sentado en una esquina, un oso de peluche manchado de sangre. Miré a mi izquierda alertado por una respiración jadeante. La conductora, con la cara destrozada, se giraba hacia mí:

—¿Cuántas veces vas a matarme, detective?



Me incorporé sudoroso y alterado, desconcertado por un instante. No duraría. Acostumbraba ya a ese tipo de despertares. Miré la hora: las 22:34.

*«Tiempo de ducharme y... a trabajar. Sin vacaciones ni descanso: el hombre al servicio del bien; el hombre en lucha constante contra el mal. Estoy hasta los cojones».*



Por segunda noche consecutiva, mandé a Megan a su cuarto sin darle ninguna explicación. No quería hacerla partícipe de nada referente a mis casos; demasiado lo era ya por el simple hecho de ser mi hija.

Once menos un minuto. Desplegué el portátil sobre la cama. Descansé la espalda en esa almohada que a su vez lo hacía en el cabezal; no sabía dónde meterme el brazo. Le eché un ojo al móvil casi instintivamente: no encontré ningún mensaje.

56, 57, 58, 59... Cliqué sobre el icono del amenazante lobo:



Apareció de pie al costado de Alison, que parecía no haberse movido

un ápice desde mi última «visita»: tan sucia y asustada como la primera vez; tan poco dispuesta a morir. Todo, a salvo de las paredes, permanecía como eternizaba en mi mente; mostraban varias cámaras: ocho arriba y cuatro abajo, doce en total.

—¡Hola, Jay!

—Tengo preguntas —informé tajante sin devolverle el saludo.

—Ya veo que hoy te has levantado con el pie izquierdo. —Se encogió de hombros mirando a la mártir que esperaba a su derecha—. Y también que has sufrido un percance, a tenor de tu brazo enyesado...

—No estoy para juegos. ¿Cómo sabes de mi capacidad mental? Hablaste

de una competición y sobreentendiendo que tu premio, en caso de salir victorioso, es la notoriedad y la fama, o como tú lo llamas: la eternidad —esto último lo dije en un tono bastante sarcástico—. ¿Qué gano yo? Si doy con tu nombre... ¿te entregarás? Sería lo justo.

Se quedó muy quieto al costado de la no menos estática Alison. Por un momento incluso pensé que se había congelado la imagen. Entonces alzó dinámico su brazo señalando la pantalla ante él, o más bien a mí.

—Le doy mi palabra: si obtiene mi nombre, me entregaré.

—¿Y a la primera pregunta?

—Puede esperar. Lo apremiante ahora mismo es centrarnos en mi

sorpresa. ¿No te intriga saber qué he preparado?

—Asómbrame.

—Vas a presenciar su muerte. — Elevó los brazos ante los expeditos ojos de su víctima, representando con su estampa una cruz—. Y lo harás aquí conmigo.

# CAPÍTULO 10

## EL JUEGO DE SULLIVAN

«*Aquí conmigo...* —medité intuyendo lo que pretendía».

—Puedes hacerlo —prosiguió ‘el lobo’—. Las cámaras te otorgarán los ángulos de la estancia y tú los unirás. El pasado es ahora. Cada palabra pronunciada lo es. Puede que ni siquiera

percibas de qué eres capaz, pero posees el talento de recrear imágenes en tiempo real, en tres dimensiones, y adentrarte en ellas. ¿Lo hacemos, detective?

*«Dios. ¿Lo soy? Es una locura, pero quizá deba seguirle el juego. La vida de Alison empieza a escapárseme por entre los dedos, y de conseguir lo que dice, las posibilidades de hallar aumentarán. Aunque en realidad... ya no hay tiempo. Hay que presionar».*

—¿Puedo hablar con sinceridad, decir lo que opino de todo esto?

—Por supuesto.

—Creo que juegas con ventaja. ¿Recuerdas los asesinos que me mostraste el primer día en mi móvil?:

Patch Avner, Hank Griffin, Arty Kern, Jarvis Steve y Daylen Adams. Si les detuve, fue en parte porque no conocían mis aptitudes congénitas. Tú te escudas en ese factor; de no ser así, me hubieras durado menos que un caramelo en la puerta de una escuela.

*«Las cartas sobre la mesa, asesino. ¿Aceptas el invite?».*

—¿Eso crees? —Asintió pausado y de forma reiterada—. Pues juguemos. ¿Crees que puedes desestabilizarme? No vas a ganar hagas lo que hagas. Esto es un divertimento que le mostrará al mundo mi supremacía. No solo quiero vencer: quiero además caricaturizar a Jayden Sullivan. Tras ultimar tu primer fiasco: no lograr salvarla —explicó



estático, señalando a su presa—, te demostraré mis aptitudes. Y ahora entra aquí, quiero que veas *in situ* cómo se desparraman sus sesos.

La pantalla del portátil me mostró lo que ofrecían las doce cámaras instaladas en la estancia cuadriforme. Todas y cada una de esas perspectivas se filtró en mi cabeza mezclándose y ajustando, formando un habitáculo; en su interior, esperaban víctima y verdugo. Y como si tripulara la ‘Enterprise’ superando miles de veces la velocidad de la luz, me introduje en aquel cubo perfilado en muerte.



Sentí un leve mareo. La habitación parpadeaba y se difuminaba por momentos. Intenté concentrarme al máximo, focalizar con más detalle, pero la recreación mental no resultaba idónea.

—¿Dónde estás? —preguntó ‘el lobo’.

Me coloqué a su vanguardia.

—Justo ante ti.

No podía ver sus ojos a través de los orificios de la careta. Lo que vislumbraba era una oscuridad chispeante allí donde se escondía su rostro.

—Es la hora —dijo al tiempo que avanzaba hacia Alison. Me aparté para que no me «traspasara».

Sacó del bolsillo un arma y caminó decidido dirección a la silla metálica que inmovilizaba a la joven, que no dejaba de moverse horrorizada. Y colocó en su garganta el cañón, de rodillas ante ella.

Entonces, casi solapándose unos con otros, se abalanzaron sobre mí multitud de recuerdos: los ojos apenados de sus padres pidiéndome que la trajera de vuelta; las fotos de aquel álbum hallado en su cuarto: en la playa, en cumpleaños, con sus amigas... feliz.

Lo que sucedió tras dichas rememoraciones se quedó grabado a fuego en mis células cerebrales —más de lo habitual, digo—: con la intención de detener la bala y como si pretendiera

darle a su cuello un estiloso golpe de artes marciales, mi mano se dirigió veloz al escaso espacio que quedaba entre el revólver y la papada de Alison. Frené la extremidad justo cuando pretendía «tocar» piel. Y el plomo traspasó esa palma proyectada adentrándose por la mandíbula de la joven, saliendo por su cráneo. Mis pupilas se fueron tras el rojo que tiñó de pequeñas gotas el techo. Y durante un segundo quedé absorto, embelesado en esas motas que casi parecían pintar sobre mi cabeza una hermosa bóveda sangrante.



—¡Hijo de puta! —grité ya fuera de ese cubo manchado; fuera de mí—. ¡Puto cabrón de mierda! ¡Cobarde! ¡No tienes cojones a enfrentarte cara a cara! ¡No eres más que un asesino de tres al cuarto, un muerto de hambre que se esconde tras una máscara!

Agarré el portátil con la única mano de la que disponía y lo acerqué a mi cara.

—Te atraparé. Y veré cómo tus huesos se pudren en la cárcel.

Se apartó del cuerpo inerte y cabizbajo de Alison Avner, y me devolvió la mirada amenazante. Y a partir de ahí y por mucho que intentara disimularlo, la Kinésica me reveló su estado: amenazado, intranquilo y

temeroso. Mis pretensiones marchaban por buen camino.

—Me subestimas, detective, y eso habrá que solucionarlo. No te tengo miedo. Confío plenamente en mi ingenio y voy a demostrártelo a ti y al mundo. Quizá creas que arriesgo demasiado; hay que hacerlo cuando uno pretende ser leyenda. Nuestros encuentros verán la luz, sí, y quiero que descubran una victoria sublime y excepcional, más allá de lo nunca visto. Todo gran logro nace de un salto al vacío. Por ello, mañana, al amanecer, hallaréis su cuerpo. —Señaló con el mentón a la recién fallecida—. Y en esa misma escena del crimen, hablaremos. A partir de dicho descubrimiento... cuatro noches; cuatro

muertes.

*«Acepta el invite —pensé apretando los dientes, ido, de vuelta de todo—, y me alegro, lobo idiota. Ponte cómodo y disfruta del tiempo que te queda, pues pronto descansarás entre rejas. Se acabaron las concesiones, voy con todo. Aquí empieza el juego de Sullivan».*



Sonó el móvil: Helen. Descolgué aunque sabía perfectamente qué iba a comunicarme.

—Mamá ha muerto —dijo entre lágrimas.

—¿Cuándo es el entierro?

—Debes llegar sobre las tres de la tarde.

—Bien. Intentaré estar incluso antes.

—Vale, hermanito. Te quiero.

—Y yo a ti.

Nunca se me dio bien llorar en el sentido más amplio de la palabra. Jamás en mi vida di un mísero sollozo o gimoteo; más bien era de soltar lágrimas, gotas que de ser expulsadas, iban cargadas de un dolor agudo y profundo. Y tras escuchar la voz de Helen, de mi alma brotaron infestadas del más penetrante y vivo pesar.



# CAPÍTULO 11

## BAÑÁNDOSE ENTRE EL TRIGO

—Dime, Jay —contestó el comisario tras el cuarto tono.

—La ha matado ante mis propios ojos. Hemos de hablar.

—¿Puedes esperar un par de horas?

—¿Un par de horas? Espere, le paso a una de sus futuras víctimas, ¡y le

pregunta usted si tiene tiempo! ¡Dejo el cuerpo, me voy a una puta isla desierta y me la pelo al Sol hasta que me salgan callos! ¡Si yo no duermo, aquí no duerme nadie! ¡Estoy hasta los cojones de cargar con todo! ¡¿*Capiche*?!

—*Capiche* —su voz sonó comedida. Me necesitaba y lo sabía. A otro no le hubiera consentido aquello; también sabía de mi carga—. Nos vemos en comisaría.

—Bien. Ya he hablado con Jo. Pasará a buscarme en diez minutos.

«*El tiempo...* —cavilé sentado ante el televisor: apagado, oscuro, desvaído... como yo—. *El pasado hostiga y el presente atribula. Ya solo me quedas tú, futuro, y la esperanza de*

*compasión por tu parte. Mas en lo intrínseco de mi ser intuyo que no tendrás piedad conmigo. Y no te culpo. Yo mismo he elegido de qué manera marchitar. Pero al mismo tiempo albergo atisbos de confianza en ti. En tus manos estoy, porvenir; lo vivido y el vivir se han olvidado de mí.* —En ese mismo instante me vino a la cabeza una reflexión de Mary Cholmondeley: «Con cada día que vivo estoy más convencida de que el desperdicio de la vida radica en el amor que no se ha dado, en los poderes que no se han utilizado, en la prudencia egoísta que no arriesga nada y que, evitando el dolor, nos impide alcanzar la felicidad»—. *Si tuvieras razón, Cholmondeley... —pensé*

decaído—, *yo estaría salvado. Una pena que erres en mi caso*».

Justo cuando el interfono sonó, Megan apareció.

—¿Es Jo?

—Sí. Viene a buscarme.

—Invítala a cenar mañana, necesito compañía femenina. Llevo días encerrada aquí.

*«Tiene razón. Y nos vendrá bien a ambos».*

—¿Hoy o mañana?

Miró su reloj: 12:27.

—Hoy. Me voy a acostar. ¿Se lo dirás?

—Se lo diré. —Me dio la espalda y se dirigió a su cuarto—. Espera. Mañana entierran a la abuela. —Se

detuvo en seco—. ¿Quieres venir? No es necesario si no te ves con fuerzas.

Habló sin girarse.

—¿Dejarás algún día de decir gilipolleces?

Lo tomé como un ‘voy a ir’ tajante.

—¿Cuándo va a terminar todo esto?

Me acerqué a ella y la abracé por la cintura, apoyando mi mentón en su hombro; pecho contra espalda.

—¿Confías en tu padre? —le susurré.

—Claro.

—A lo sumo cuatro días más. Y te prometo que será la última vez.

—¿Estás usando bien tus poderes, Mémoni?

*«Sabe perfectamente el porqué de su aislamiento. A veces olvido de quién es*

*hija».*

—Mis «poderes» no pueden solucionar todos los problemas del mundo, por desgracia. Mira a Batman, que es un tipo amargado por culpa de sus responsabilidades como superhéroe —ejemplifiqué intentando mostrar ingenio.

—Eh... papá... —dijo girando su rostro hacia el mío, que parecía el loro en el hombro de un pirata—. Batman no tiene poderes.

*«Cierto. No doy una».*

Me separé de ella.

—Nada de esto a mamá, ¿eh? Ya sabes cómo se pone.

—Tranquilo.

Nada más salir a las escaleras me encontré con el agente apostado en la puerta.

—Hola, Mike.

—Buenas noches, señor.

—Que no entre ni salga nadie bajo ningún concepto.

—Así será, señor.



La iluminación artificial que clarificaba las calles de la ciudad, a su vez, lo hacía del rostro de mi compañera. Su frente consumaba en un suave hoyuelo que daba inicio a una recta casi perfecta: su nariz. Tras dicho segmento en línea, se hallaba una

pronunciada bajada por la cual se accedía a una zona bacheada aunque esponjosa: sus labios. Más adelante el camino se tornaba calmo, con sutiles y cómodas ondulaciones hasta llegar a la entrada de un estrecho túnel entre prominencias: su escote. Dejado atrás el conducto se daba con una planicie consumada en un agujero: su ombligo; lugar semejante al cual nos dirigíamos. Y vadeada esa cicatriz resultante del desprendimiento de un cordón umbilical, un bosque de vellos púbicos que daba resguardo a la más deseada de sus aberturas: su sexo. Belleza inmaculada y lasciva; discordancia irresistible para mis sentidos.



—¿No piensas nunca en dejarlo? — pregunté observándola ante el volante —. Enviarlo todo a la mierda y llevar una vida normal.

Rebufó mientras se acomodaba en el asiento.

—Demasiadas veces. *Mais c'est la vie.*

—Le ha reventado el cráneo ante mis ojos. No he podido salvarla.

—Hemos —matizó mirándome a los ojos—. No lo olvides: no estás solo. No hemos podido salvarla.

—Supongo que alguien ha de ir detrás de los malos, ¿no?

—Sí... Llevo una eternidad sin tomarme un solo día libre. Y sé que tú jamás descansas. ¿Y sabes por qué?

Porque nuestro reposo les da ventaja a aquellos que matan a personas inocentes. Y lo sabemos. Y ese hecho evita que podamos detener nuestro avance; pues de hacerlo, resultaría una angustia mayor.

*«Cuanta razón... Somos lo que somos y no podemos dejar de serlo».*

—A propósito. Todavía no he leído el informe.

—En la guantera. Iba a dártelo ahora mismo... Se me fue de la cabeza, demasiadas cosas. Y este caso... me hace sentir inútil, la verdad.

—Las circunstancias te mantienen al margen, no es tu culpa.

—Lo sé. Aun así... la sensación...

—¿Hay algo? —pregunté alzando el

documento.

—Un vecino dice haberla visto subir a una furgoneta gris. Cree que la arrastraron a su interior por la fuerza. Pero el entrevistado, como verás, es un hombre con problemas mentales... Así que...

«*No tenemos nada*».

—¿Cuánto hace que no visitas a tus padres?

—Unos quince meses que no piso París.

—No deberías dejar pasar tanto tiempo.

—Lo sé... Pero me remito a lo dicho hace unos segundos: no encuentro el momento.

—Ya me encargaré yo de que lo

encuentres.

—¿Ah, sí?

Asentí mientras ella dibujaba una sonrisa que aprecié cansada.

—Y cambiando de tema... —dije entretanto pasaba ante mis ojos las cinco páginas del documento—. Megan te invita a cenar esta noche. Dice que necesita una voz femenina. Y la verdad, está sufriendo injustamente por este asunto.

—Sí, claro. ¿Después del entierro? —Me dio el pésame con un gesto—. He hablado con tu hermana hace un rato.

—Sí... Nos da tiempo y a Megan le hará bien tu presencia. Sabes que te adora.

—Y yo a ella. Pero solo iré si

preparas tu famosa *Fondue* de queso.  
—Me guiñó el ojo—. De pensarlo se me  
hace la boca agua...

—¿Tú con hambre? —pregunté  
sarcástico y retórico.

—¿Hay trato o no?

—*D'accord.*



Lo esperado llegó mientras les explicaba lo ocurrido. El tiempo pasó casi en un suspiro entretanto Jo y Carter escuchaban mi exposición atentos a cada detalle, cuando una llamada anónima nos dio de nuevo esperanzas de descubrir, dar con el culpable de ese hallazgo que esperaba a las afueras de Nueva York.

«¿La ha tirado a un pozo? —cavilé tras informarnos del «inesperado» mensaje telefónico—. *Será hijo de puta. Allí no hay lagos...*».

Coordenadas y una simple frase: «Hallarán a Alison Avner bañándose entre el trigo».

—Si va a estar allí... daremos con él —aseguró Carter ya en el aparcamiento subterráneo de la comisaría, entrando en su coche—. Por fuerza ha de ser alguien del cuerpo.

Me ajusté el cinturón descansando mi cuerpo fatigado en el cómodo asiento del Ford de mi compañera. Y apunto estuve de dormirme durante el recorrido.

«Buena chica —pensé al sentir un

intenso pinchazo en la muñeca—. *Me mantienes despierto y alerta*».



Me detuve un instante a contemplar lo que se divisaba ante nosotros: un campo donde antaño la mies se alzaba evitando, incluso, apreciar el horizonte, pero que la guadaña —o más bien, supongo, una máquina—, había segado hasta propiciar el terreno color pajizo —nunca mejor dicho—, que se alargaba a nuestros pies. De nuevo imaginé aquel pedazo de tierra como un cúmulo de afiladas punzas doradas; el mundo parecía dispuesto a mortificarme a cada instante. Mis pies avanzaron sobre las gramíneas

y semillas desparramadas tras la cosecha. Anduve hacia el resalte de piedra gris avistado en el centro de aquel manto áureo; dentro aguardaba el cuerpo de Alison.

—Tomad los datos de todo el mundo —demandé entre Jo y Carter al advertir el amplio contingente alrededor del pozo.

—Tranquilo, todo está dispuesto. Les investigaremos minuciosamente. Pero esto me resulta demasiado extraño. A la mayoría les conozco desde hace años, y por casi todos pondría la mano en el fuego.

El negro de los trajes destacaba en medio del amarillo y el azul. Un día



despejado y apacible, sin viento ni amenazantes nubes negras: día «perfecto» para examinar el cadáver de una joven.

«*Esto voy a revivirlo hasta la saciedad* —pensé ya cerca del hervidero».

Dos agentes se acercaron a nuestra posición al tiempo que un buzo se disponía a bajar por el agujero construido para la reserva de agua subterránea.

—Buenos días —saludaron al unísono. Un hombre alto y delgado con perilla y otro más bajo y rechoncho—. Venimos a ofrecer nuestro respaldo.

—¿F.B.I.? —pregunté sin desviar la mirada del hombre en neopreno que se

colocaba un arnés, a su vez enganchado a un mosquetón clavado en la pared del pozo.

Asintieron.

—No querría que fuera así, se los aseguro, y agradezco mucho su ofrecimiento, pero el hijo de puta que ha lanzado un cadáver ahí dentro puede hacerlo hasta en cuatro ocasiones más. Lo ha dejado bien claro: es un asunto privado entre él y yo. Uno de esos extraños casos en los que la tecnología queda relegada a un segundo plano. De nada nos va a servir encontrarle si antes mueren sus rehenes. Quizá más adelante les requiera, pero si entran ahora en la investigación... no me hago responsable de lo que pueda ocurrir. Mi conciencia

está ya saturada, ¿entienden?

—Todos sabemos de su buen hacer, agente Sullivan —dijo el flaco—. Si cree que lo apropiado es seguir como hasta ahora, así será. —Se dirigió al comisario—. Solo manténganos al tanto, por favor. Si aumentan los asesinatos será difícil contener los ánimos. Pero de momento, si así lo desean y porque es usted —me miró—, lo dejaremos como está.

—Denlo por hecho —garantizó Carter.

*«Mis manos están cansadas ya de soportar tanto peso».*

—¡El otro arnés! —se escuchó desde el interior de aquel maldito agujero—.

¡Está en el fondo!



Como un niño que juega al escondite y saca receloso media cabecita de su escondrijo, apareció.

«*Ya no habrá divertimentos para ella* —pensé con el corazón en un puño».

Primero asomó su cabello ya limpio de sangre; ni siquiera pude apreciar el boquete de su cabeza. Surgió de la oscuridad ladeada, constreñida por ese arnés que le presionaba la entrepierna y elevaba como si lo hiciera en brazos del mismísimo ángel de la muerte. Finos fluidos resbalaban por su piel morada y

agrietada, formando bajo su cuerpo una acuosa catarata sazonada con lodo y sedimentos. Vestía un camisón blanco que se pegaba a cada una de sus curvas, dejando vislumbrar su hermosa figura y el vello sobre su monte de Venus. «¿*Qué te han hecho, Alison?*». Contemplé su rostro y por primera vez en mi vida lloré ante una víctima. Aunque en realidad, solo pude expulsar lágrimas. Jo me miró de soslayo mientras yo permanecía cara a cara con la injustamente ajusticiada.

—Le pillaremos. Pagará por esto.

Le di la espalda ignorando el comentario de mi compañera para no volver a ver jamás a Alison; la recordaría hasta el fin de mis días.

—La coartada de todos —le susurré

a Carter acercando mi boca a su oído—. De los últimos dos días a las once de la noche. Quiero dos grupos: los que puedan demostrarla y los que no.

—Empezaré ahora mismo. Deberías descansar. Se ve a la legua que no estás en óptimas condiciones. Sabes que no me gusta hacer de jefe contigo, pero esta vez es una orden. Te avisaré cuando tenga el informe. No tardará.

—Vámonos, Jo, aquí no hay nada más que hacer. Llévame a casa, voy a intentar algo. No pienso quedarme de brazos cruzados hasta las once.

Debía intentarlo: ganar tiempo como fuera aunque supiera que él intuiría mi jugada. Así que una vez en

casa cliqué por tercera vez sobre el icono del lobo, con la intención de penetrar en su guarida a deshoras.

# CAPÍTULO 12

## A MENOS DE UN PALMO ESTÁS DE MÍ

Nada. Insistí subiendo y bajando el dedo índice con la mano bien aferrada al ratón, en un *crescendo* impetuoso que acariciaba lo demente. Nada. Me sentí



tentado de lanzar el dispositivo contra el televisor y patearlo hasta destrozarme las piernas.

Nunca antes me había encontrado en una tesitura semejante. Víctimas y un asesino al que perseguir: mi trabajo habitual. Mas aquel caso se alejaba de dichos parámetros: las muertes estaban todavía por efectuarse. Y eso propiciaba una mayor presión. Notaba cómo me desgastaba poco a poco, cómo las fuerzas abandonaban mi organismo a pasos agigantados y el decaimiento corroía cada centímetro de mis huesos. Pero como dijo mi compañera, no gozábamos del derecho a descansar; las vidas de otros dependían de nuestra incesante lucha. Y sí, podían

ralentizarme —negarlo resultaría absurdo—; pero no existía declive capaz de frenar a Jayden Sullivan.

*«¿Soy para él un simple elemento, una etapa necesaria para alcanzar un fin, un deseo? —pensé albergando esperanzas que al instante se esfumaban, subiendo y bajando como una montaña rusa—. ¿O hay algo más tras todo este embrollo? Cierto es que detento el perfil idóneo para lo que pretende. El éxito profesional me ha abocado a esta situación y, al fin y al cabo, mi don ha sido el culpable de su elección. Todo se remonta al día de mi nacimiento y el haberlo hecho dotado de una mente excepcional. Mi cualidad afloró al mundo para ayudar al prójimo, y*

*parece que a cambio de ese «presente», su portador ha de pagar con el desasosiego y la opresión constante. Y ante lo acontecido, lo que acontece y temo acontecerá, no puedo más que presentir un destino funesto, un final desolador y lacerante para mí. Me invade la sensación de ser la última pieza de un puzle a punto de rematarse. Y me pregunto... ¿De arder, sabrás renacer de tus propias cenizas como el Ave Fénix, detective?».*

Enfrascado en desvaríos sentí ganas de orinar. Me dirigí al servicio. Apenas anduve dos pasos, escuché un «psst, psst» a mi espalda.

—No son horas, detective.

---

Me aguanté las ganas de mear —la ocasión lo merecía—, y me senté de nuevo ante el ordenador. Misma habitación de siempre, pero esta vez, la silla de metal estaba vacía. También advertí que las paredes que Alison había manchado con su sangre, relucían blancas como la primera vez.

—La vida está plagada de imprevistos, ¿sabe? —explicó nada más estuve posicionado ante la webcam—. Y no podemos lloriquear cada vez que nos ponen la zancadilla, ¿no cree, detective? Atienda a esta reflexión del magnífico Alejandro Dumas: «No hay ventura ni desgracia en el mundo, sino la

comparación de un estado con otro, he ahí todo. Solo el que ha experimentado el colmo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, amigo mío, para saber cuán buena y hermosa es la vida». Hay que superar las adversidades para aprender a valorar la fortuna. Así que... quizá la prueba a la que está sometido, le sirva a la postre como un aprendizaje de vida más. Quizá tras nuestro «*affaire*», nunca vuelvas a ser el mismo, detective.

Igual se dirigía a mí de ‘tú’ que de ‘usted’: claro síntoma de su inestabilidad.

—Escuche usted esta, de Facundo Cabral —dije remarcando la palabra

‘usted’, un poco de vuelta de todo—: «Y que no te confundan unos pocos homicidas y suicidas, el bien es mayoría pero no se nota porque es silencioso. Una bomba hace más ruido que una caricia, pero por cada bomba que destruya hay millones de caricias que alimentan la vida». El bien siempre busca la manera de abrirse camino, ‘lobo feroz’.

—¿Usted cree? Podría darle mil ejemplos del mal triunfando contra el bien.

—Casos aislados. La sociedad se rige por unas leyes, arma predominante ante tipos de su calaña. Según estas, usted es un ser deleznable, y ahí reside el triunfo del bien contra el mal. Obrar

fuera de dicha legislación está condenado. Sus actos se castigarán con una más que merecida cadena perpetua; yo le adjudicaría la pena capital sin pestañear. El bien abunda y el mal es solo el refugio de indeseables y tarados.

Me aplaudió.

—¿Algo más?

—No. Es todo.

—Me ha encantado charlar, de verdad, pero no vuelvas a llamarme fuera de las horas prefijadas, o las mataré sin pestañear.

Me guiñó el ojo y cortó la transmisión.

Tras escuchar sus palabras entendí que antes incluso de que pidiera lo que

pretendía, sabía lo que iba a demandar. Por ello no le ofrecí la satisfacción de atender a mi ruego; no iba a darme tregua.

*«Sabe de la muerte de mi madre y ha intuido cual iba a ser mi demanda, el motivo de la «improcedente» conexión. Se adelanta incluso a mis intenciones».*



Todos conocían mi profesión y nadie juzgó —o eso pensé—, que llegara más bien justo al entierro. Acompañado de mi hija y mi compañera —no concebía mejor apoyo—, accedí al recinto. Encontré allí a Rotze y a Helen, y a un sinfín de familiares cercanos. También



muchos «conocidos» con los que no trataba desde hacía años; si bien, yo les recordaba como si lo hubiera hecho el día anterior. Saludé a mi hermana y a mi exmujer con escasas ganas de relacionarme con nadie. Lo justo: recibir pésames y agradecer el gesto. Pero sí me hizo especial ilusión tropezar con el Sheriff Collins, ya jubilado, pero que seguía tan imponente como antaño. Le acompañaba Susan del brazo. Me señaló con el dedo índice agitándolo sonriente: «Eres grande, Jayden Sullivan», dijo justo antes de estrechar mi mano y darme un fuerte abrazo. Tan impetuoso, que mi muñeca se resintió notablemente.

—Lo siento mucho, hijo —me

susurró cariñoso al oído.

—Lo sé, Sheriff.

Me miró condescendiente, quizá porque solo nosotros sabíamos que siempre se es un agente de la ley, por mucho que no pueda mostrarse una placa o una estrella dorada; la ley se lleva en la sangre.

El coche fúnebre aparcó ante la puerta del camposanto. Mi madre no quiso misa alguna. Al igual que su hijo no era devota de curas ni iglesias. Pero sí lo fue mi padre, y ella siempre quiso descansar a su lado.

Los hombros de cinco allegados y el mío sustentaron el peso de mi progenitora más el del ataúd cerezo que daría cobijo a sus huesos bajo la tierra.

Quise hacerlo aun con el hándicap que suponía tener un brazo escayolado.

*«A menos de un palmo estás de mí, mamá, y es como si te tuviera a un millón de kilómetros —pensé sintiendo cómo el féretro presionaba mi músculo trapecio—. Mas te prometo que no vas a alejarte ni un milímetro más; te inmortalizaré en mis recuerdos para que sigas conmigo. Volveremos a leer junto al resguardo del fuego, a reír a orillas de aquel río que bordeamos tantas veces, a jugar a las cartas con papá, y a dejarle ganar como lo hacíamos antaño... Nos reuniremos en mi mente para ser una familia».*

Pensamientos que rondaban lo ilusorio. Mas en ocasiones y sin apenas

darnos cuenta, nos hallamos conversando con nuestro ‘yo’ espiritual e incorpóreo de la forma más íntima e inimaginable: sin tapujos, sin rubores, sin temer las consecuencias... ese ‘yo’ que aguarda dentro de lo que solo puede verse y palpase.

*«Perderé la cabeza, eso es seguro. Espero recordar dónde la extravió».*

Me transmitió su forma de ver la existencia y yo, a su vez, lo hago con Megan. Me enseñó a no medir el tiempo en años, sino en momentos. «Hay personas que respiran cien abriles y en realidad no han vivido más de diez», decía. Disfrutó de la vida como si cada segundo fuera el último. Quizá por ello despedirme de ella resultó menos

doloroso de lo esperado.

*«No he sabido aplicar tu filosofía en mí, mamá... Espero que sepas perdonarme. ¿Cuántos años habré vivido realmente?».*

Una vez estuvo soterrada me despedí de todos e inicié, junto a mis dos acompañantes, el regreso a casa. Atrás quedaba un cementerio de los que no abundan, con lápidas a ras de suelo y cruces clavadas en la tierra. Almacén de cuerpos: simples cimientos, nada más. Pues lo que realmente somos —muchos aseguran que almas—, nadie sabe a dónde va.

# CAPÍTULO 13

## ¿UN BOLSO DE CHANNEL?

**E**l ascensor no funcionaba y mi hija y Jo iniciaron una carrera escaleras arriba tirándose de la ropa y empujándose con la intención de ser la primera en alcanzar la puerta de mi piso.

*«Son como niñas —pensé*

mirándome los pies; sesenta y tres peldaños les quedaban hasta la cima—. *Una lo es y la otra... es otra preciosa jovencita, que obviamente, no recuerda al agente apostado en la entrada. Me encantaría ver su cara cuando haciendo como está el payaso, se lo encuentre de cara».*

Sonreí al tiempo que noté vibrar el bolsillo de mi chaqué: el comisario Carter. Contesté:

—Dime.

—Como te dije, todos tienen bien cubiertas las espaldas. Ninguno de los agentes junto a aquel pozo pudo ser el culpable de lo que había dentro. Son padres de familia, Jayden, y estaban todos con sus hijos y esposas cuando la

asesinaron. Ese tipo te está mintiendo. Esperaremos los acontecimientos de esta noche, pero si se produce una nueva muerte, habrá que buscar otros caminos.

—De acuerdo.

—En mi despacho a las...

—Hoy podrá dormir a gusto. «*Ya cargaré yo con todo, como siempre*». Buscaré soluciones si ocurre lo que me temo, o al menos, lo intentaré hasta alcanzar el amanecer.

—Deberías procurar dormir.

—Lo que no entiendo es cómo usted puede hacerlo.

Colgué de forma brusca.





—¿Te ayudo? —se ofreció Jo consciente de mi estado no óptimo para cocinar.

—Me apaño con una mano. Ve con Megan. Coge algo de beber y preparad la mesa, por favor.

—Eso está hecho.

Abrió la nevera y sacó un refresco para mi hija. Ella se sirvió una copa de vino blanco.

—¿Quieres? —dijo pasándome el líquido ante la nariz. El aroma me avivó la sed.

—Sí, gracias.

Vertió el caldo en un vaso —por lo visto, mi categoría no alcanzaba para una copa—, lo posó sobre la encimera de mármol y se marchó al comedor.

Gestando mi famosa *Fondue* de queso escuchaba sus voces de fondo. Ropa, películas, series, libros y... ¿chicos?

«*No me la perviertas, Jo*».

—Mira lo que me ha regalado Mike.

—¿No me lo puedo creer! ¿Es auténtico?

—Por supuesto.

«¿*Quién es ese jodido Mike? ¿Me están vacilando a propósito?*».

No aguanté la presión. Apagué los fogones y salí al encuentro de «mis» chicas.

—Ejem... —dije desde la puerta—. ¿Quién es Mike?

—Adiós —espetó Jo con las manos en la cabeza—. No me gustaría estar

ahora mismo en tu pellejo, bonita.

Megan efectuó una forzada sonrisa; lo que comúnmente se denomina ‘estar entre la espada y la pared’.

*«No seas tonta. No me engañes. No puedes».*

—Un amigo —contestó superada la tensión inicial.

*«Mentira».*

—Eh... —Me acaricié el mentón de forma cómica mientras ponía «morritos»—. Podría decirte al menos tres gestos que delatan tu trola. Intentar evadir la verdad ante mí es inútil, hija mía.

—Esto se pone interesante —musitó mi compañera acomodándose como el que está a punto de ver una película en

el cine. Creo que incluso echó de menos un buen bol de palomitas—. Y es cierto: tu padre es un maestro en el arte de destapar engaños.

—Si eso ya lo sé... —murmuró cabizbaja—. Hasta le he puesto un nombre de...

Se detuvo justo a tiempo. Mi compañera pareció no atender a lo que a punto estuvo de soplar sin darse cuenta.

*«La boca cerrada, por Dios... es nuestro secreto».*

—Trae ese bolso, anda —le ordené alzando el único brazo del que disponía.

Puso el asa en mi mano, dubitativa.

—¿¡Channel?! ¿¡Un amigo te regala un bolso de mil dólares!?

*«Y encima es original».*

—Es mi novio. Ya está, ya lo he dicho. No creo que sea un delito tenerlo, ¿no?

Un sudor frío me recorrió la espalda. «*La madre que me parió. Se hace mayor y ni me estoy enterando*».

—En esta casa... sí. —Intentaba aguantar la risa, pero a duras penas lo conseguía. La verdad es que hacía mucho tiempo que no me desinhibía así, y el tenerlas a las dos juntas obró lo que ya creía casi imposible: relajarme. Aunque también he de admitir, que ese sudor frío seguía transitándome el reverso—. Quiero conocer a ese tal Mike.

—¿¿Para qué?!

—¿Pues para qué va a ser! ¡Para

pegarle un tiro!

Una sonora risotada salió de la boca de Jo, que incluso aplaudió desparramándose en su asiento.

—¡Papá...! —quejumbió Megan pataleando—. ¡Deja de hacer el tonto!

Y entonces fue cuando los tres estallamos en una carcajada triple.

*«Lo doy todo por los demás — medité entretanto las veía reír dichosas —, y nunca te he pedido nada; ni un mísero ruego a cambio de mi sacrificio. —Fijé mis pupilas en las de mi compañera, que seguía desternillándose al unísono con mi hija—. Y tras tanto padecer, hoy va ha llegar mi súplica, vida: las quiero aquí siempre conmigo».*



Muchos imaginan el bienestar como un estado provocado por la falta de pobreza, enfermedad o soledad. Si nos ceñíamos a los hechos, yo poseía dinero, salud y amor. ¿Qué me faltaba? ¿Un amor de pareja? O me sobraba algo. En la mayor, mi conclusión solía ser siempre la misma: me impedían alcanzar la felicidad tipos como ‘el lobo feroz’.

La cena resultó todo un éxito. Pero «la hora» se acercaba. Con una mirada me bastó para alertar a Jo, que se despidió de Megan y se ausentó con el rostro compungido; sabía lo que me

esperaba a las once. La siguiente en abandonar la mesa fue la confinada en su cuarto por tercera vez.

«*Se lo compensaré de algún modo. Quizá al final no mate a ese novio suyo...* —sonreí ante mis pensamientos, muy cansado». Y esperé hasta que se abrió la veda: 11:00.

El asesino confeso apareció al lado de Margaret Clark. Se confirmaban nuestras sospechas tras el incidente en Staten Island.

La silla se le ajustaba a las caderas debido a lo voluminoso de su complexión. Una mujer que seguro lució unos carrillos sonrosados antes de pasar a manos del ‘lobo’; el miedo suele



desteñir de vitalidad la piel.

—Buenas noches, detective —saludó con la mano sobre la cabeza de la secuestrada: amordazada, aterrada, tensa—. Hoy me duele la espalda. Así que emplazaremos nuestra charla para mañana, ¿le parece?

—Me gustaría hablar.

—No. Hoy solo vas a presenciar un asesinato. Ni siquiera hace falta que entres. Será rápido.

# CAPÍTULO 14

## COMO UN VAMPIRO SEDIENTO DE SANGRE

Haciendo caso omiso a sus palabras, me introduje en la estancia lechosa. El

‘lobo’, arma en mano, se dirigió presto hacia Margaret presionándole el cañón de su arma en la sien. Y fue entonces cuando vi algo no visto con anterioridad.

—*Stop*. —Detuve la evocación y la rebobiné, reiniciándola a cámara lenta, fijando mis ojos en aquel simple detalle que al final lo fue todo.

Hasta entonces el recuerdo había aportado novedades nulas, nada reseñable que no hubiera advertido precedentemente. Gracias a Sam conseguí recordar el caso desde su inicio, desde ese paseo noctívago tras el cual empezó todo; y lo más importante, con la posibilidad de focalizar con mayor análisis. Nunca antes lo había

logrado con un tramo de vida tan amplio, sin fisuras, sin partes en blanco o inconexas. La estimulación magnética transcraneal dio sus frutos como él vaticinó. Y como también predijo, facultó que percibiera lo que no conseguí en tiempo real: la prueba definitiva.

Me incorporé de la camilla ante la asombrada cara del psicólogo como un vampiro lo haría de su ataúd reclamado por una descontrolada sed de sangre.

—Lo tengo.



## UNAS HORAS ANTES...

Apretó el gatillo y esta vez los sesos de la mujer resbalaron por la pared a su derecha. Margaret Clark murió en el acto. Y la emisión se cortó al instante expulsándome de aquel esbozo mental habitado durante apenas diez segundos. Y un arrebató de cólera me privó del control de mi propio ser. Lancé el portátil contra la pared y me alcé estampándolo una y otra vez contra el suelo, hasta quedar con su maltrecha pantalla en la mano. Me miré la escayola y apreté los dientes al tiempo que la golpeaba fracturando el yeso.

Terminé de «descascarillar» mi brazo a base de tirones, enajenado, pasado de vueltas... Y ante el súbito esfuerzo caí de espaldas mareado, impregnado en sufrimiento. Jadeando panza arriba contemplé el techo de mi cuarto y mi traicionera mente no tardó en transfigurarle, en mancharlo con la sangre de Alison.

*«No lograré detenerle —pensé con la mirada abismada en aquellas salpicaduras rojas—. No hay fisuras ni cabos sueltos; no deja escapar rastro alguno que husmear. Y esa falta de pistas me convierten en un perro de caza sin olfato: un animal inútil».*

Entretanto me hundía en frustración, fui recordando algunas de las «perlas»

dichas por ese loco que me mantenía en jaque:

*«Ahí has de basar tus esperanzas, detective: en el hecho de que nada es imposible».*

*«No busques más allá de estos encuentros; no pierdas el tiempo investigando a mis futuras víctimas, no hallarás nada; y no te atrevas a acudir a nuestra cita acompañado, o pagarás las consecuencias».*

*«Le doy mi palabra: si obtiene mi nombre, me entregaré».*

*«A partir de dicho descubrimiento...: cuatro noches; cuatro muertes».*

Un número ingente de retórica barata desfiló por mi cabeza. Mas, solo una de

esas frases dio alas para volar, alentó a seguir luchando: «No busques más allá de estos encuentros».

Y decidí, como último y desesperado recurso, hacer lo que recomendaba ‘el lobo feroz’: recordar como no había recordado nunca.

—Sam, necesito verte en tu consulta. Un tema de vital importancia.

—Claro, Jay. ¿Allí en una hora?

—Perfecto.



Manhattan lucía inmensa cuando la noche se apoderaba de ella. Combinaciones simétricas que variaban



tal cual me acercaba o alejaba a sus luces y reflejos. «*Si ahora acelerara al máximo, todo se tornaría en un sinfín de líneas de color que se alargarían sin un término divisible: rojas, amarillas y blancas, predominantemente.* — Entrecerré los ojos y difuminé el panorama que me envolvía—. *Como mirar a través de un caleidoscopio*».

Esperaba luciendo un abrigo negro que le arropaba hasta las orejas; a aquellas horas, el frío empezaba a hacer mella.

—¿Y la escayola? —preguntó cuando estuve a su lado.

—La escayola se ha ido a tomar por culo.

En su lugar me había colocado una muñequera que no servía de mucho, pero la mantenía fija. ¿El dolor? Digamos que iba más dopado que un caballo de carreras.

—Subamos. Y me explicas lo que hayas de explicar a una temperatura decente.

—Bien. Vamos.

Puso el calefactor a tal potencia, que en apenas cinco minutos me sobraban hasta los calzoncillos.

—Puto frío —mencionó ya sentado tras su mesa de despacho—. Di. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerdas al cabrón egocéntrico? —Asintió pausado—. Pues de no hacer nada, se va a salir con la suya. Ya ha

ejecutado a dos mujeres y si cumple sus amenazas, matará a tres más. Y no puedo consentirlo.

—¿Y qué propones?

—Como sabes, soy capaz de revivir momentos pasados. Pero mis capacidades solo permiten hacerlo con espacios de tiempo limitados: una mañana, una tarde... horas. Y no puedo rendirme sin antes gastar el cartucho que me queda en la recámara. Al recordar por fragmentos, pierdo extensiones de tiempo. Lo que necesito es reconstruir el caso de principio a fin. Algún tipo de mecanismo, droga... lo que sea; algo que potencie mi don, que me haga evocar mayores tramos y con mayor precisión. —Sam se mantuvo reflexivo

un instante—. Dime que puedes.

—Lo que te diré, es que al menos vamos a intentarlo.



—Ahora voy a ponerme didáctico. Atiende —dijo con la mirada afianzada en la mía—. Estimulación magnética transcraneal: forma no invasiva de «avivar» la corteza cerebral. Generalmente se usa para el tratamiento de diversos padecimientos y trastornos neuropsiquiátricos y aunque, digamos, se trata de un sistema más bien experimental, hoy en día se sabe que produce efectos neuroprotectores que ayudan, al menos temporalmente, a

personas afectadas por enfermedades neurológicas degenerativas como la esclerosis múltiple, el mal de Parkinson y la enfermedad de Alzheimer, y que incide también muy favorablemente en la modulación de la plasticidad cerebral —capacidad del cerebro para renovar o reconectar circuitos neuronales—, y, con ello, adquirir nuevas habilidades y destrezas, como preservar la memoria.

—¿Y cómo funciona dicho proceso?

—Te coloco un transductor sobre el lugar que se quiere estimular, en tu caso, el hipocampo: interior de la parte medial o interna del lóbulo temporal, bajo la superficie cortical. No será fácil, pero intentaré enfocar lo mejor que sepa. Te recomiendo no interrumpir la

rememoración a no ser que encuentres algo. Si lo que pretendes es no perder intervalos de tiempo, empieza y sigue hasta el final. Además, nunca se sabe dónde puede aparecer una pista, ¿no?

—¿Y tienes un transductor de esos?

—Pues da la casualidad que sí.

—Y entonces, ¿qué hacemos aquí perdiendo el tiempo?

Sam ejecutó una media sonrisa que yo interpreté como un: «no te andas con medias tintas, ¿eh, detective?».

—¿Ni siquiera vas a preguntar por los efectos secundarios?

*«El único efecto secundario que me preocupa es perder».*

—No, amigo. Un sabueso no vacila ante un indicio. —Me levanté impetuoso

y él hizo lo mismo todavía sonriente—.  
Es hora de rastrear en el pasado.

# CAPÍTULO 15

## TRAS LA ESTIMULACIÓN MAGNÉTICA TRANSCRANEAL

—Lo tengo.

—¿Ha funcionado? —preguntó Sam impaciente.



—Y tanto que sí. Como... ¿tener un tercer ojo? —expliqué experimentando un leve dolor de cabeza—. ¿Leer dos páginas de un libro al mismo tiempo? Difícil de explicar.

—Fantástico.

Todavía sobre la camilla y sintiéndome profundamente emocionado, le señalé mi chaqueta. Me la entregó y extraje apresurado el móvil del bolsillo derecho. Marqué.

—Dímelo, Jay.

Carter, a tenor de su impetuosa contestación, pareció captar mi estado anímico a través de las ondas.

—Sé que prometí no molestar hoy... pero tengo algo. He visto algo, más bien.

—Sabía que lo lograrías.

—No adelantemos acontecimientos.

—¿Y qué has visto exactamente?

—En su despacho en media hora.

Allí le explico. Y consígame un intérprete del lenguaje de signos.

—Dalo por hecho. Conozco a alguien... voy a hacer un par de llamadas. Nos vemos en un rato.

No sería capaz —sin retroceder, por supuesto—, de contar todas las veces que suspiré aquel día que apenas empezaba a clarecer. Al fin un atisbo de optimismo. Al igual que el alba se acercaba más allá de las ventanas de la consulta, mi cuerpo despuntó como el sol lo haría tras el horizonte. Rebroté de ese pesar que tiempo llevaba sin simiente en mis adentros; me alimenté de

la esperanza para proseguir.

---

El trío habitual de nuevo reunido en el despacho de siempre: Jo, Carter y un servidor. Pero en esta ocasión, nos acompañaba una joven policía, Stephanie, de hermano sordomudo. Tras las presentaciones de rigor, me senté en una silla semejante a la que sustentó el peso de Margaret Clark cuando dejó ese mensaje que a punto estábamos —o esa esperanza albergaba—, de descifrar.

—Bien —dije dispuesto a imitar lo que vi—. Dime qué dicen. —Me señalé con el mentón los dorsos de las manos.

Stephanie asintió y yo las moví tal cual lo hizo la recientemente fallecida.

Como supongo ya habréis deducido, Margaret también tenía en su familia a un discapacitado auditivo y vocal.

—Es una dirección en *Little Italy*, el Bronx —aseguró la joven tras observar mis movimientos manuales—: Avenida Hugues, nº 2012.

Me levanté y abracé a todos los presentes. Le di las gracias a Stephanie y me dirigí hacia el comisario:

—Haga usted los honores: dígame su nombre.

Se sentó ante el ordenador y buscó en la base de datos de la jefatura.

—No hay ninguna duda —musitó enfático—, la casa la habita un solo inquilino: Mason Cook Coleman.

«*Te tengo, hijo de puta*».

No sería capaz de describir la inmensa satisfacción que sentí en aquel instante; sin duda, un buen momento al que volver.

*«Les hizo un regalo a las tres chicas que, quien sabe, quizá conoció durante su cautiverio —pensé tras confirmarse el éxito—. Un acto de amor desinteresado; no quiso irse sin antes intentar salvarlas. Y lo logró. Bravo, Margaret».*

—¿Y ahora qué? —preguntó Carter una vez el trío habitual volvía a estar a solas—. Tenemos su domicilio... podemos atraparlo.

—No. Llegados a este punto hemos de esperar a las once. Si intentamos

arrestarle estaremos arriesgando vidas. Cumplirá con su parte del trato; si le demuestro que he ganado, se entregará.

—Si no fueras tú... ¡Joder, es un puto asesino!

—No le estoy pidiendo que confíe en él; le estoy pidiendo que confíe en mí.

—Eso sabes que lo hago a pies juntillas.

—Entonces deme hasta mañana y le entregaré al tal Mason y a las tres chicas, sanas y salvas.

—Mantente en contacto conmigo en todo momento. En cuanto le tengas, llámame de inmediato. Mantendré esta reunión en secreto hasta que des la orden de hacerlo oficial.

—Gracias, jefe. —Le estreché la

mano con convicción—. Y ahora vayamos a investigar a ese hijo de perra. Estoy deseando arrancarle la máscara. Que el asesino se muestre.



Muchas veces imaginamos las facciones de alguien que nunca hemos visto; en raras ocasiones, lo figurado se acerca a la realidad. El rostro de Mason Cook no fue una excepción. Una cicatriz espeluznante le cruzaba la cara de izquierda a derecha, desde la ceja hasta el rabillo del labio, semejando cercenarle la nariz. Mi mente le perfiló tras la careta de lobo mucho más viejo y, por qué no decirlo, feo. Aunque luciera

aquella escalofriante marca, se mostraba un hombre atractivo, moreno y de pelo liso, largo hasta el cuello. Si hubiera necesitado el nuevo sistema de detección de rostros de Scott, sin duda le habría adjudicado parecido al actor —no recuerdo su nombre—, que da vida a John Nieve en la serie ‘Juego de Tronos’.

Dado su dominio de la informática, deduje que lo extraído de las bases no resultaba fiable. Supuse que se habría adjudicado una identidad falsa; principalmente, un pasado y un nombre. Lo que sí resultaba irrefutable, era el lugar donde se escondía: nº 2012 de la Avenida Hugues. Un hombre corriente que faenaba de estibador en el puerto de



Newark, soltero y sin hijos, de padres fallecidos y con un único familiar vivo: su hermana Madeleine, residente en Sidney. Aunque quizá aquello tampoco fuera cierto. En resumidas cuentas, una persona corriente que no conocía de nada; y como ya sabéis, a mí no se me olvida nadie.

«¿*Un simple loco con delirios de grandeza?* —cavilé abandonando la comisaría».

No tardaría en averiguarlo.



«*La dicha no se aprecia* —pensé conduciendo de vuelta a casa con Jo de copiloto—, *si antes no se ha saboreado*

*el padecimiento. Ya lo dijo el desgraciado de Mason Cook, también conocido en sus foros más íntimos como 'el lobo feroz' —recordé guasón entre divagaciones, feliz, animado—: «Hay que superar las adversidades para aprender a valorar la fortuna. Así que... quizá la prueba a la que está sometido, le sirva a la postre como un aprendizaje de vida más. Quizá tras nuestro «affaire», nunca vuelvas a ser el mismo».*

Y no le faltaba razón. Tras acariciar la calamidad uno no vuelve a ser el mismo. La vida es una evolución constante. Nos vamos transformando desde el día de nuestro nacimiento hasta el del último adiós; y aquel caso, sin

duda, resultó en un antes y un después.

Pues a mí la ruina no me acarició; me abofeteó apasionadamente.

# CAPÍTULO 16

## LA ÚLTIMA CONEXIÓN

—Te quiero —le dije entretanto ella abría la puerta. Ni siquiera sé por qué lo hice. Tal vez me empujó a hacerlo la emoción del momento, la satisfacción ante un trabajo bien hecho, la animación al haber salvado tres vidas... la felicidad al fin y al cabo. Pero aquellas

dos palabras se me escaparon; mas ella no supo interpretarlas.

—Eso ya lo sé —contestó como quien lee la lista de la compra—. Yo también te quiero.

*«En realidad era un... 'te amo'».*

—Voy a contarle las buenas noticias a Megan.

—Sí, anda, arranca antes de ponerte melancólico. El subidón del éxito siempre te enrarece. Yo voy a descansar un rato, estoy molida.

—Pues a ti te deja igual de borde, la verdad —concluí justo antes de que cerrara y, a través del cristal, me sacara la lengua.

*«Tú ve mostrando así la sin hueso...*  
—pensé sintiéndome el lívido por la

nubes—, *que cualquier día te la arranco a mordiscos*».

Cuando entré en mi piso anduve directo al servicio; necesitaba desfogarme. Llevaba días sin hacerlo y me apetecía celebrar los recientes y favorables acontecimientos. Una vez estuve sentado en el retrete con los pantalones y los calzoncillos a la altura de los tobillos, hice lo que tantas otras veces: retroceder hasta un recuerdo sexual. Y aquella vez, me apeteció volver a «follar» con Rotze.

El doce de agosto del año dos mil siete, sobre las cinco de la tarde, en la cama. Fui directo a la parte en la que estando ella a cuatro patas, le atizaba

por detrás entretanto su espalda y su fina cintura se contorneaban ante mis muslos, golpeados por sus nalgas y mi mano, tirándole del pelo, me acercaba su boca a los labios... Casi podía sentir la piel de mi órgano copulador deslizándose alrededor de mi glande. No tardé en correrme sin siquiera usar las manos.



La puerta entreabierta dejaba escapar la tenue luz del interior de la habitación de mi hija. La abrí apenas un palmo, lo justo para que se me viera la cara. No me vio. La encontré sobre su cama leyendo en su dispositivo Kindle.

—¿Qué lees, cielo?

Giró el rostro en mi dirección, no demasiado sorprendida.

—Ah, hola, papá, ¿ya estás aquí? Estoy leyendo la novela ‘Shambhala’, de la autora Marta Martín Girón. De momento me está gustando mucho.

—Ah, muy bien. He venido a acostarme hasta la hora de la cena. Llevo días durmiendo a trechos y creo que hoy podré conciliar el sueño de una vez. ¿Y sabes qué?

—Dime.

—Mañana vamos a pasar el día juntos. Tu confinamiento termina esta noche. Digamos que... Mémori ha triunfado contra el mal. —Le guiñé el ojo.

Se levantó y saltó sobre la cama



como una niña de parvulario.

—Quiero ir al cine —requirió sin dejar de botar—, a comer a Wendy's, al centro comercial, a pasear por el puerto y... luego quiero entrenar cuerpo y mente con mi padre el superhéroe, ¿de acuerdo?

«*Yo quiero esa vitalidad* —cavilé sonriendo mentalmente».

—Mañana es tu día y haremos lo que te plazca. Si tienes energía para aguantar todo eso... yo encantado.

—¡Yujuuuuu...!

«¿*Encantado?* —pensé regocijado al verla tan alegre—. *Reventado voy a acabar. Pero... sarna con gusto no pica, ¿no?*».

—Me acuesto. Levántame a las diez

y preparo la cena, ¿okey?

—Vale.

Volví a juntar la puerta y me dirigí fatigado a la cama. Con el pijama ya puesto me arropé hasta el cuello y antes de que el sopor me invadiera por completo, pensé: «*Que pases veloz, tiempo. Avanza para poder decirle su nombre y vencer*». Aunque... entre dicho optimismo también se entremezcló mucha duda: «*Espero que seas un hombre de palabra. Caerás en mis redes hagas lo que hagas, pero albergo la esperanza de no hallar más cadáveres. He ganado y quiero cobrar mi premio: tu libertad y tres vidas*».

Cenado y con la esperanza de que

fuera por última vez, envié a Megan a su cuarto; apenas cinco minutos antes de la esperada conexión.

Y el tiempo pasó despacio. Superé aquel corto lapso de vida observando el puntero del reloj mudar de un número a otro, hasta situarse la aguja larga sobre el doce y la corta a su derecha. Y cliqué sobre el icono del lobo con la intención de no volver a hacerlo nunca más.

Y como venía siendo habitual, encontré lo que no esperaba.



Sentado donde él mismo había ejecutado a dos mujeres le hallé cabizbajo, sin máscara. Su largo y liso

cabello le caía por los costados de la faz, ocultándosela. Las doce cámaras instaladas en la habitación me mostraron todos sus ángulos; y penetré. Todo seguía tan turbio como la primera y la segunda vez —la que me otorgó la victoria—. Habló sin mover un ápice su cuerpo:

—Un simple y minúsculo detalle puede mandar al traste el trabajo de años. ¿Por qué los grandes logros requieren de tanto esfuerzo y en cambio, el fracaso acude a nuestro encuentro al más mínimo despiste? Le contestaré: porque la vida nos empuja a la debacle. Hemos de luchar continuamente para frenar su efecto destructor. Si te quedas quieto, mueres de inanición: primer

hándicap que nos adjudica nada más nacer. La vida nos incita a luchar o morir. No es amiga de conformistas ni indolentes. Quien no le planta cara, acaba defenestrado. ¿Y sabes qué? Eres un auténtico guerrero, Jayden Sullivan.

«*Lo vio*».

—Viste lo que hizo, ¿verdad?

—Lo vi. Y puedo asegurarte que apreté el gatillo tan rápido como pude. Y que recé para que no lo hubieras advertido, y tampoco lo hicieras en posteriores revisiones.

—Quizá diste demasiadas concesiones a alguien con demasiadas capacidades.

—No, detective, no... así debía ser. ¿Sabe quién fue Pol Pot? —preguntó

ante mi sorpresa.

—No, no lo sé.

—Un dictador camboyano y el principal líder de los Jemeres Rojos, desde la génesis de estos en la década de los sesenta hasta su muerte en mil novecientos noventa y ocho. Llevó a cabo una drástica política de reubicación de la población de los principales centros urbanos hacia el campo, donde les obligó a cultivar la tierra o morir de inanición. Además, dio órdenes de quemar cualquier indicio de desarrollo, maquinaria o medicamento. A la par de estas medidas, realizó también enormes matanzas de disidentes al régimen e intelectuales; llegó incluso al punto de asesinar por hablar un

segundo idioma o usar gafas. Se le adjudican un millón setecientos mil muertos. —Se detuvo un instante sin desviar la mirada del suelo—. Se preguntará dónde quiero llegar, ¿cierto? Ni más ni menos que a otra pregunta: ¿Por qué no le conocía, detective? Y permítame una última cuestión que le hará entender el porqué de mis acciones, de esas concesiones y riesgos que asegura me han conducido a la derrota: ¿Sabe quién fue Adolf Hitler?

Le entendí perfectamente. «*La historia solo da cobijo a los grandes logros —pensé tras su «enseñanza»—, en eso no erra. Solo de forma sublime se accede a la eternidad. Y de matarlas sin más y ante un perseguidor común,*

*nunca la hubiera alcanzado. Una suerte que sus altas pretensiones de loco le vayan a llevar justo a lo contrario».*

Levantó al fin la cabeza y mostró su cicatriz a la cámara principal. Yo no le miraba ya a través de ella, sino a un palmo de distancia. Giré a su alrededor y le observé detenidamente: fuertes brazos, ancha espalda...

—He ganado —dije sin preámbulos—. Y quiero mi premio. Cumple con lo acordado, Mason Cook Coleman.



—Va a detenerme, sí, tiene mi



palabra. No estoy obligado a cumplirla, cierto; mas entonces no podría mirarme al espejo cada mañana. Soy un hombre de honor y sin este, no soy nada. Prefiero una vida digna en prisión que cien en libertad avergonzándome de mí mismo. Se lo repito si le va a reconfortar: me detendrá sin sufrir daño alguno. Pero no sin antes una última charla. ¿O no quiere el porqué, el cuándo, el cómo... la razón de todo? Puede venir armado y esposarme si lo desea y tranquiliza. No obstante, venga solo, o las mataré sin dudarlo. Únicamente quiero que entienda una cosa: cómo estando como estaré en sus manos, ambos habremos ganado.

# CAPÍTULO 17

## DE RUTA A LA ETERNIDAD

«*Ambos habremos ganado* —medité al tiempo que marcaba el número del comisario».

Palabras que me desconcertaban y hacían temer lo peor. Intenté obviarlas y clasificarlas como a simple retórica de un hombre vencido. No debía olvidar,

que a resumidas cuentas me enfrentaba solo a un demente más, un asesino como tantos otros. Pero aun así, como una enredadera venenosa el desazón se arremolinó entre mis tripas y el miedo, se acentuó en mis adentros. No temía por la vida de Jayden Sullivan, sino por las de aquellas tres chicas y las de mi Megan, mi Helen, mi Joe... por la pena que les causaría mi muerte.

—¿Qué ha pasado, Jay?

—Voy a su encuentro. Me ha facilitado unas coordenadas que me llevarán a una granja a las afueras, cerca del lugar donde encontramos a Alison. Se las paso por WhattsApp.

—Si fuera por mí... mandaría ahora mismo a los S.W.A.T.

—Se adelanta a todos mis movimientos. Si envía al cuerpo especial, lo único que conseguirá será tres cadáveres. ¿Es lo que quiere? Manténgase alerta, pero no actúe hasta mi señal.

—¿Has avisado a Jo?

—Todavía no.

—Yo me encargo. Seremos tu sombra. No advertirás nuestra presencia, pero estaremos al acecho.

—Os llamo cuando tenga la situación controlada.

—Mucho cuidado, Jay. No te confíes.

—Lo sabe: nunca bajo la guardia.



Las luces de mi Mustang aclaraban el estrecho y terroso camino. A baja velocidad y siguiendo la ruta prefijada en mi navegador, me dirigí pensativo a la granja en la que esperaba Mason.

La noche se dejaba estudiar sin reparos; una luna inmensa iluminaba el maíz, el trigo, el centeno... Dejé atrás el pozo donde encontramos a la señorita Avner. Por el retrovisor, contemplé el saliente de piedra gris donde aquel desalmado la lanzó sin reparos, y sin pretenderlo ni desearlo, la recordé emergiendo de él sucia y mojada.

*«¿La tiró cerca de donde la escondía?»*

Mi mente, al igual que las ruedas que facultaban mi traslación parecía no

querer dejar de girar. Frases inconexas, cavilaciones fugaces, alusiones que aparecían como ágiles destellos...

*«No vas a ganar hagas lo que hagas».*

*«Únicamente quiero que comprenda una sola cosa, detective: cómo estando como estaré en sus manos, ambos habremos ganado».*

*«Tendremos más tiempo para estudiar, ¿recuerdas?».*

*«Solo nos vamos cuando se nos olvida».*

*«Así que... quizá la prueba a la que está sometido, le sirva a la postre como un aprendizaje de vida más. Quizá tras nuestro «affaire», nunca vuelvas a ser*

*el mismo».*

*«¿Estás usando bien tus poderes, Mégori?»*

*«Yo también te quiero...»*

Y entre dichas porciones de memoria, mi transporte alumbró la entrada a la granja ‘La Eternidad’; un amplio y cochambroso cartel así lo indicaba.

*«No somos capaces de entender lo eterno ni lo infinito —medité ante el letrero—. No podemos comprender un elemento sin un fin. El universo, el tiempo... Si mandáramos la vista a recorrer el cosmos, se nos haría imposible asimilar ese viaje sin un término. ¿Y la vida? ¿Tiene ella un*

*desenlace? ¿Concluye con la muerte? Si hoy no alcanzo el amanecer... ¿habrá un mañana para mí? Creo que nuestras almas son como el cielo. Y creo que tras espirar por última vez, proseguiremos más allá de lo cierto».*

Frené justo cuando el inconsistente vallado que la cercaba quedó a mis costados; medio coche dentro y medio fuera del lugar que escondía la verdad. Al fondo, más allá de un camino entre campos de cultivo, aguardaba una construcción igual de endeble. Una finca que a simple vista parecía abandonada. Pero al costado de dicha edificación principal, un granero entreabierto dejaba escapar su luz hacia lo negro de la



noche. Supuse, mi destino.



Avancé por la angosta senda casi inmóvil. Mas aun sin romper apenas el silencio, sabía que él me escuchaba prosperar. Detuve mi Ford ya cerca de ese almacén que aparentaba llamarme con su luminaria. Me apeé y anduve examinando los viejos tablones que componían la hacienda.

*«¿Desde aquí emitía la señal? — pensé alzando la vista al firmamento—. ¿Hallaré dentro la habitación blanca, las chicas? Vive en el Bronx... ¿He aquí su guarida? ¿O es tan solo un lugar de reunión?».*

La primera pregunta se contestó cuando avisté la cima del tejado piramidal; una alta y moderna antena lo conquistaba. Las demás cuestiones deberían aguardar. No demasiado.

Desenfundé mi Glock y me acerqué a esa línea de luz perpendicular tras la cual esperaba Mason, o eso creía. Con el arma alzada y el corazón excitado, asomé media cabeza por el hueco que dejaba la puerta doble, y miré dentro. Le descubrí sentado en uno de esos pequeños taburetes que se utilizan para ordeñar vacas. A su alrededor, vigas y muchas balas de heno. Me miró. Y su gran cicatriz se clavó en mis retinas.

—Pase, detective —dijo irradiado por dos focos que coloreaban el

almacén de amarillo—. No tenga miedo.

«*No lo tengo*».

Accedí violento apuntándole con mi 9mm. Allí ya solo estábamos él y yo. Las dudas, los miedos, los recuerdos... todo se esfumó cuando le tuve delante.

—¡Las manos a la cabeza! —grité a paso ligero. Obedeció tranquilo, sonriente.

Le agarré las extremidades y se las trasladé a la espalda, esposándolo. Me miró y empezó a reír a carcajadas.

—¿Te hace gracia, cabrón? Ahora eres mío. A partir de aquí mando yo.

Sus ojos penetraron en los míos y el rostro le mutó de la burla a la amenaza.

—De eso nada. Apártate ahora mismo y escucha lo que he de decir. O

no encontrarás jamás a las chicas.

Y entonces todo regresó: las dudas, los miedos, los recuerdos...

*«...cómo estando como estaré en sus manos, ambos habremos ganado».*

# CAPÍTULO 18

## EL PORQUÉ

—Tome asiento.

Me señaló un taburete rojo de tres patas idéntico al que él usaba. Lo cogí y me senté en posición casi fetal, reposando el arma sobre mi rodilla derecha. La verdad: la estampa resultaba ridícula; parecíamos dos niños jugando en una guardería. Una vez me percibió dispuesto a escuchar, habló:

—Empezaré por el porqué. ¿Le parece?

—Haz lo que quieras.

Solo deseaba escuchar lo que tanto anhelaba decir y salir de allí hacia comisaria, dejarle en manos de la justicia y dar por concluido el caso.

—Procedo entonces a contarle el suceso que nos cambió la vida a ambos: nuestra historia.



—El Sol miraba ya de reojo las montañas tras las cuales obraría el ocaso. Anocheceía y mi madre decidió salir para evitar las aglomeraciones a salidas y entradas de la autopista.

Último día del mes de julio y muchos iniciaban sus vacaciones. Recuerdo sentir ganas de orinar justo cuando se puso el cinturón dispuesta a partir. No dije nada. Supuse que como solía hacer, pararía a estirar las piernas y a tomar café. A mi lado Madeleine dormía plácidamente con su osito bien amarrado. Pronto dejaría de abrazarlo durante el sueño. Crecería; la niña empezaría su andadura hacia mujer. Recolocó el espejo interior para, simplemente, contemplar a sus dos hijos mientras conducía. Me sonrió y en sus ojos pude ver la pena. Supongo que ella vio lo mismo en los míos. Un cáncer se acababa de llevar a mi padre. —Mason detuvo la locución y quedó pensativo un

instante, asemejando abismarse en el pasado—. Le ofrecieron trabajo en la ‘Gran Manzana’ y decidió empezar de cero, lejos de todo lo que le recordaba a su amor...

—Era azul, ¿verdad? —pregunté cortando la narración. Mason frunció el ceño.

«*Sé el final de la historia* —cavilé al deducir lo que iba a exponer, experimentando una inmensa aflicción—. *Y lo siento en el alma*».

—¿El qué, detective?

—El coche, ¿era azul?

—Sí. Lo era.

El porqué se zambulló en mi mente como un martín pescador en las aguas de un lago tras su presa: punzante pico por



delante, ojos cerrados... y se confirmó lo que ya intuía: qué me vinculaba al hombre que tenía delante.

—Lo percibe, ¿verdad? —preguntó mohíno.

—No sé qué decir... ¿perdón?

—Es tarde ya para clemencias, ¿no crees?

—No busco venganza —susurré muy bajo.

—¿Qué?

—Dijiste que no existía la represalia en tus motivaciones.

—Y no mentí.

—Tampoco vi tu cicatriz rondando el pozo...

—Mas lo estaba. Pronto entenderás de qué manera. ¿Quieres la verdad,

Jayden Sullivan? —preguntó alzando la VOZ.

No contesté. Me limité a ahondar en esos recuerdos que se aparecían como el telón de fondo de un momento: su madre incrustándose en aquel volante; sus llantos y los de Madeleine llamándome desde el interior de un amasijo de hierros; un osito de peluche manchado de rojo; sangre, faros... muerte.

—Mi relato no ha tardado en lograr su propósito, por lo que veo —dijo compungido—. Pero si pretendes hallar respuestas, deberás escuchar la historia hasta el final.

Callé y de este modo, acompañando dicho silencio de una mirada cómplice, le otorgué un ‘sigue, por favor’.



—Media hora tras partir, mis ganas de orinar resultaban ya casi insoportables. Decidí esperar unos minutos antes de comunicar mi malestar. Madeleine se despertó y se desabrochó el cinturón estirándose entre bostezos. Yo hice lo mismo. No me gustaba llevarlo. Pero nuestra madre, como buena progenitora que era, nos obligaba a hacerlo. «Eres mayorcita ya para dormir con un oso de peluche, ¿no crees?», le dije guasón. Fue entonces cuando de la nada y sin previo aviso, dos intensas luces se interpusieron en nuestro camino: su coche contra el

nuestro. Al advertir la inminente colisión me abalancé sobre el desprotegido cuerpo de mi hermana, y la cubrí con la intención de protegerla. Y mi sangre evitó que fluyera la suya.

Se levantó. No sentí la necesidad de apuntarle; ni siquiera, entretanto se acercaba, la capacidad de pensar. Tantas ideas intentaron mostrarse en mi cabeza en tan poco tiempo, que unas solaparon y borraron las otras. También me alcé. Cuando estuvo ante mí, me dio la espalda.

—Súbame la camiseta.

Lo hice. Y lo que vi fue un sinfín de marcas como la de su rostro.

—No se imagina los dolores que padezco desde el accidente —dijo

estando los dos ya de nuevo cara a cara —. A veces incluso he deseado morir. La colisión lo cambió todo en nuestras vidas. Nos separaron y enviaron a distintos orfanatos. Y aunque yo fui adoptado enseguida, la cosa no mejoró. Tampoco a Madeleine le sonrió la fortuna. Pero esa es otra historia. Quizá se la cuente otro día.

—Siento mucho lo ocurrido, de verdad, Mason —lamenté sintiendo una incalculable pena—. Nunca he olvidado a tu madre y nunca lo haré. La recuerdo cada día. Te aseguro que pago penitencia en mis sueños, en mis recuerdos, cada vez que revivo aquel dramático incidente.

—Ni siquiera se dignó a visitarnos al

hospital...

—Me bloqueé. La juventud y la depresión me amurallaron los actos. No hay un solo día que no me arrepienta de ello. ¿Sabes? Sois lo único que no recuerdo en esta vida. Soy incapaz de mirar dentro de aquel coche azul. Supongo que lo que hallé me traumó tan atrozmente el cerebro... que este decidió expulsar eso que tanto le causaba dolor. Por ello me anquilosé ante el miedo; me empujó a huir como un cobarde. —Dejé de hablar e inspiré profundamente intentando aclarar las ideas, calmar la razón—. Pero debí pagar yo por ese error, y no dos almas inocentes. Pido perdón por el pasado; te condeno en el presente.

—No busco venganza ni compasión. Como aseguré, solo anhele la eternidad. Soy un loco con delirios de grandeza; o eso le diría un buen psiquiatra. —Se encogió de hombros—. Y... sin más dilación, creo que ha llegado el momento de que me formule esa pregunta que tanto desea hacer.

Nuestras pupilas se desafiaron unos segundos. Mi cabeza intentaba encontrarle un sentido a todo aquel despropósito. No lo conseguía.

—¿Por qué ambos hemos ganado? —pregunté al fin.

—Porque agrandarás tu intachable palmarés de detenciones, sí... Pero en aquel coche viajaban dos personas más. Y es ella quien busca venganza. —Miró

hacia un oscuro rincón de una cuadra a su izquierda—. Hablo con dos bocas, pienso con dos mentes y busco dos propósitos: el mío y el suyo. Soy dos personas en una. ¿Entiendes, detective? Dos partes de un mismo todo: una maquinación; dos deseos.

Observó de nuevo en dirección a la sombría esquina.

—Muéstrate, hermana.

Y de la negrura apareció Jo, apuntándome con su arma reglamentaria.



# CAPÍTULO 19

## DESTINO E INTERACCIÓN

Caí de espaldas a causa del intenso *shock*. Ni siquiera requirió pedir que bajara el arma; perdí incluso las fuerzas para mantenerla alzada. Todo lo «ralentizable» en mi organismo se ralentizó: la circulación, el aliento, el

pestañear de mis ojos incrédulos, el palpitar, el erizarse de mis vellos... el tiempo alrededor. Y todo se esfumó: las balas de paja, los travesaños, el suelo, el techo, las paredes... incluso Mason. Y sobre un fondo blanco y atildado quedó solo ella: mi compañera durante más de cinco años.

*«Dos partes de un mismo todo... — cavilé entretanto la vida se me desmoronaba vertiginosamente—. Se consideran un mismo ser, y ella estuvo cuando encontramos a Alison... Locos. Es una loca. Una asesina. Mentiras. Todo era una puta mentira. ¿Y la amo? La amo. Una farsa. ¿Eso es lo que amo? —Mis sesos parecían alcohol en una coctelera. No conseguía centrarme;*

solo mareos entre interrogantes—. *Se adelantaba a mis jugadas... y conocía mi don. ¿Jo conoce mi don? ¿Madeleine conoce mi don? Jo-Madeleine. Madeleine-Jo. La casa —adiviné de pronto—, no estalló hasta el momento justo; justo cuando estuvimos a salvo: la hermana y la pieza clave de su puzle».*

Me levanté aturdido y me acerqué a ella sin saber muy bien qué hacía.

—Cielo... ¿qué estás haciendo? Tú no eres así.

—¡No avances o incumpliré el pacto y te mataré aquí mismo! —vociferó al tiempo que me apuntaba a la cabeza: firme, segura, decidida. Paré en seco—. Pagarás por lo que nos hiciste. Nos

abandonaste y podrías haber hecho mucho. ¡Eres un puto poli! Pudiste haber evitado mucho dolor. ¿No soy así, dices? No me conoces. Jo era solo un disfraz: otra máscara de lobo.

*«Me habla como si fuera él... Mason-Madeleine: las dos 'M'».*

La Kinésica solo confirmó sus demencias; y me hundió en lo profundo de un abismo, un remolino de angustias y desamor que engullía sin piedad.

—¿Crees en el destino, Jayden? — preguntó él mientras yo, en mi cabeza, seguía batallando contra un ejército de incógnitos enemigos.

—No —contesté escueto.

—¿Y en qué crees? Si crees en algo...

Su tono de voz se apreciaba chulesco.

—Interacción.

—¿En la interacción? —Su cara mostró la sorpresa y la curiosidad. Mientras, Jo permanecía apuntándome, a su lado, quieta e impasible—. Interesante. ¿Me lo explicas?

—Somos actores en el escenario que es la vida. Y en dicho decorado actuamos libremente cada día; nada más. Mis representaciones repercuten en tus funciones, y viceversa. Y creo, sinceramente, que somos el ejemplo perfecto para mi teoría.

—Por consiguiente y según tus creencias, si le hubiera dicho a mi madre que me orinaba, podría haber

evitado la colisión. No imaginas cuántas veces he vuelto a aquel día y he pensado precisamente en eso. ¿Un pequeño gesto puede cambiar un destino? ¿O este es inamovible? Quizá si hubiéramos partido diez minutos más tarde, tú hubieras perdido igualmente ese tiempo. Existe esa interacción de la que hablas, Jay, pero yo creo que es solo una senda que nos guía hasta lo escrito. Creo que tu vehículo y el nuestro debían colisionar aquella noche; y estar ahora aquí los tres. Quién sabe. Puede que nos depare un futuro mejor. Tal vez ese camino del que hablo lo estemos recorriendo en este momento, y nos conduzca a un mañana deseable.

—A ti te va a llevar a la cárcel. Fue

nuestro acuerdo.

Intenté mostrar firmeza.

*«Céntrate. Límitate a hacer tu trabajo. Olvida lo que está pasando y ciñete a detenerles —me dije una y otra vez».*

—El pasado me hostiga igual que a ella y no me deja vivir. Me importa bien poco amargarme en un lugar u otro. Desde la muerte de nuestra madre... Fui adoptado por una pareja de maltratadores: él lo hacía psicológicamente; ella, incluso me pegaba. Me resultó extraño... ¿Escogerme a mí con esto en la cara? — Se tocó la cicatriz—. Solo querían un esclavo. Por suerte, conseguí contactar con Madeleine gracias a internet, y

empezamos a maquinar nuestro plan. Ahí empezó mi iniciación en el mundo *hacker*. Quizá la venganza y mis delirios de loco obraron uniros todavía más, ¿eh, hermana?

Jo le sonrió.

«*Me dormí al volante...* —cavilé mientras él explicaba cómo ella se convirtió en Jo. Cómo pasó las pruebas físicas, teóricas y mentales —válgame Dios—, hasta alcanzar la academia. Y todo con el único objetivo de convertirse en mi compañera. Cosa que consiguió, por supuesto, siendo la mejor de su promoción—. *El coche pudo salirse de la carretera sin más... o colisionar con cualquier otro vehículo... o morir yo en el*



*accidente... ¿Y tuve que chocar contra una madre y sus dos hijos locos? ¿Eso es lo que me deparas, vida?: un don y una aciaga... ¿casualidad? Si esto es una de tus pruebas... ten en cuenta que quizá no la supere».*

—No merezco esto —balbuceé rozando el llanto—. ¿Tanto vale la pena? La venganza no os dará sosiego.

—Eres el causante de mi agonía —dijo Madeleine tranquila—. Y alcanzaré la redención mediante el más noble de los sentimientos: el amor. Descansaré mientras tú no hallas la paz. No quiero vivir en este mundo plagado de injusticias. Despídete de Jo, Jayden Sullivan.

*«Au revoir, ciel. Je t'aime».*

—Hasta siempre, hermana —susurró Mason—. Eternamente uno.

Caí de rodillas y miré una brizna en el suelo. Fijé la mirada en aquella hebra vegetal y por primera vez, lloré. Escuché entonces un disparo y el sonido de un cuerpo al caer desplomado. No pude evitar alzar la vista un instante, y ver el cuerpo inerte de mi compañera.

Y de ese modo me condenó a un dolor eterno, inmortal. Usó mi don para consumir su venganza: se perpetuó en recuerdos. Ella sabía que yo la amaba.

# CAPÍTULO 20

## ÉXITO Y DERROTA

Sentí cómo la furia me solapaba las penas. Amartillé mi Glock y de nuevo en pie, se la presioné en la frente. Ni se inmutó.

—Te lo advertí, detective: ambos hemos ganado.

—Hijo de puta —le dije trastornado, ido...—, lo que has hecho es darme una

justificación.

—No vas a apretar el gatillo. No eres como yo. Si me matas, ¿qué diferencia habría? Defiendes esas leyes de las que tanto te vanaglorias, si las mancillas, no serás distinto a mí. «La sociedad se rige por unas leyes que son el arma predominante ante tipos de su calaña. Según estas, es usted un ser deleznable, y ahí reside el triunfo del bien contra el mal», ¿recuerdas? Aparta el arma o dispara de una puta vez. —Golpeó con la cabeza el cañón de mi revólver, demostrando así su predisposición a morir—. Escuche. Nada nos une. —Señaló con el mentón a su hermana, que parecía dormir sobre un charco rojo—. Hice bien mi trabajo.

Para el mundo ella seguirá siendo tu compañera y yo un simple loco que estaba en el puerto de Newark.

—¡Jayden! —escuché a mi espalda: Carter—. ¿Qué mierda ha pasado aquí? Joder, Jo... He escuchado un disparo... No la encontraba...

No contesté. Solo tensé más mi cuerpo. El comisario se situó a mi derecha, ante el cadáver, jadeante y nervioso, y colocó su mano sobre mi brazo estirado.

—¿Qué ha pasado, Jay? —susurró mientras, con suavidad, intentaba bajarme la extremidad—. No vale la pena. Que se pudra en la cárcel. ¿Qué ha pasado?

—Que la he matado —sentenció

Mason.

Mi brazo, tras la falsa confesión, descendió. Y guardé silencio, callé protegiendo la honra de una asesina.



—Sígueme —rogó al tiempo que marchaba hacia la puerta—. Voy a llevarles ante ellas; cumpliré lo prometido.

Carter custodió al detenido sin dejar de enfilarle con su arma. Yo les seguí a unos metros de distancia. Me sentía fuera de lugar. Nunca antes había experimentado algo semejante: como un pez fuera del agua, un oso polar perdido en medio del desierto del Sahara, un

león en lo alto del Empire State Building, Satán en el cielo, Jesús en el infierno... un gato en la guarida de un ratón. Como si el simple hecho de respirar requiriera de hasta el último de mis esfuerzos. Como si en el ojo de un huracán, a salvo, tranquilo... esperara que todo acabara, sabedor de que al salir, no quedaría nada.

Tras ellos, los recientes acontecimientos se perfilaron en mi mente como los puntos de un resumen, la lista de una compra:

-Me dormí al volante y colisioné contra un vehículo.

-Dicho accidente ocasionó que dos jóvenes quedaran huérfanos, y a partir

de ahí, sus vidas se convirtieran en un infierno.

-Me culpan de todo y deciden hacerme pagar por un lado, alcanzar la fama por otro.

-Crean/crea dos identidades.

-Se creen un solo ser.

-Un par de locos unidos por una meta.

-Me estudian y deciden convertir a la fémina en mi compañera, para así, controlarme de cerca.

-Trazan un plan que engloba dos finalidades: notoriedad y venganza.

-Inician la citada confabulación el día que una tal Jo —la identidad falsa de ella—, se convierte en mi compañera.



-Pierden en el propósito de acabar como el mayor asesino de todos los tiempos; ganan el de desquitarse.

*«¿Y si hubiera vencido él? —medité enfrascado en mil sinrazones; una y otra vez los mismos raciocinios—. ¿Qué habría hecho ella? Lo cierto es que no existía posibilidad de triunfo; la derrota resultaba inevitable. Todo podría resumirse en un par de frases: perder dos veces quedaba a mi alcance; jamás vencer en dos ocasiones. Un binomio de motivaciones imposible de intuir. Aunque creo, que la venganza predominaba en sus deseos».*

Mason se dirigió a la parte trasera de la granja. Allí encontramos un tractor defenestrado; perfecto para lucir en un desguace.

—Desplácenlo —solicitó. Sus manos seguían esposadas a su espalda—. El solado no es real, tire de él —ilustró de nuevo. Empujé la máquina, que se deslizó sin apenas esfuerzo

Me agaché e inspeccioné la parte que había quedado al descubierto, y efectivamente, vi las puntas de una tela —jamás lo hubiera distinguido sin su ayuda—. El cobertor, forrado en su parte superior por hierbas artificiales, reveló una trampilla.

—Dentro está su premio, detective —dijo sin perder nunca la sonrisa—. A

su derecha hallará la luz.

En el interior atendí a una oscuridad cerrada. Pero haciendo caso a sus indicaciones, palpé la lisa pared y encontré un interruptor. «*¿Serán blancos los muros que estoy tocando?* —pensé confiado a la vez que errante». Lo pulsé y apareció la habitación con sus doce cámaras, su silla de metal y muy asustadas, las tres chicas.

—Policía —anuncié mostrando mi placa—. No temáis. Todo ha acabado.

«*Tres vidas* —pensé mientras ascendían la escalera que las conduciría fuera de su «mazmorra»—. *Lo que he venido a hacer aquí, ya está hecho*».

Abrazaron mi distante cuerpo. Nos dieron las gracias una y otra vez.

Lloraron, rieron... se sintieron a salvo tras degustar la posibilidad de una muerte injusta, perderlo todo en manos de un asesino.

Pero a mí aquello no me reconfortó ni un mísero instante. Mi mente se paseaba por lares mucho más siniestros; de los que no escaparía jamás.

# CAPÍTULO 21

## MÉMORI

S eis meses fuera de servicio; dos tercios del año sumido en una profunda depresión. Ni siquiera gozaba del quedarme sin hacer nada; se me hacía molesto hasta el simple hecho de respirar. De haber permanecido solo, muy probablemente mi boca hubiera saboreado el cañón de mi 9mm.

Nunca me creí capaz de alcanzar el deseo de estar muerto, el anhelo de descansar de esos recuerdos que me torturaban: las muertes, los inocentes lamentos... el sonido de ese disparo que no me permitía desear la vida. Y mi hija, su novio y mi exmujer venían de camino para llevarme a disfrutar de un picnic... Accedí debido a su insistencia; la verdad: no me apetecía relacionarme con nadie. Desde la resolución del caso no había salido de mi piso.

Enterramos a Jo en la más absoluta intimidad. Hube de mentir como un bellaco para que no se efectuara una ceremonia con salvas, banderas y parafernalias varias. En realidad, fue incinerada con la única compañía de su

compañero y su jefe. «No hagas preguntas», le dije a Carter mientras el ataúd se aproximaba al intenso fuego. Y no las hizo. Se ganó el cielo tras los sucesos que solo yo y Mason conocíamos.

Con el tiempo me arrepentí de muchas cosas. Con el tiempo, me di cuenta de detalles que no advertí en su momento: su frase ante la casa de Margaret Clark, por ejemplo: «*Mais ça n'arrivera jamais*». Entonces la interpreté como un síntoma de esa negatividad que nos acompaña a los que vivimos entre dementes. Pero ahora sé su verdadero significado: ella sabía que no encontraríamos nada allí. Todo adquirió una nueva noción. El pasado se

transformó. Mi vida junto a ella sufrió una brutal metamorfosis.

Me diagnosticaron una depresión post traumática severa, y me enviaron a casa. Y me fui, sí, pero allí no encontré un solo segundo de calma. Intentaba no pensar en ello, pero no pensaba en otra cosa.

Sam me ofreció sus servicios, mejorar mis capacidades y conseguir con ello desterrar los malos recuerdos en pos de vivencias reconfortantes. Accedí de buen grado. Me hubiera agarrado a un clavo ardiendo a cambio de una pequeña brizna de esperanza. Me visitaba los lunes, miércoles y viernes, y la terapia, muy despacio, parecía ir dando sus frutos. Pero quedaba mucho



camino por recorrer. El problema no residía en apartar un recuerdo, sino en evitar los que se adentraran cuando dormía o quedaba absorto. Lo que pretendía no era otra cosa que convertir mi cerebro en un catalogador, para que de este modo, pudiera ordenar los recuerdos en, digamos, carpetas: buenos, malos, regulares... Imposible para una mente común; quizás no para la mía.

Según el [psicoanálisis](#), aferrarse a un recuerdo puede generar depresiones y, en casos extremos, una ruptura con la realidad. Y no podía permitirme llegar a tal extremo, quedar inútil. El mundo necesitaba a Jayden Sullivan, me requería persiguiendo asesinos, y no

enclaustrado en casa. Pero no me sentía aún preparado para enfrentarme al presente; debía antes saldar cuentas con el pasado.

Intenté impedir que los datos internos del caso vieran la luz. Lo conseguí en parte; a muchos no les interesaba esconder lo que al fin y al cabo, resultaba un indudable éxito policial. Reforcé mi fama de gran detective y, gracias al esfuerzo que resultó ocultar algunos detalles, él obtuvo escasa notoriedad. La noticia alcanzó cierta popularidad, sí, pero Mason, con el tiempo, se convirtió en una mota de polvo en los anales. Me deleitaba el buscar en Google a los asesinos en serie más «prestigiosos» de

la historia, y no verle ni entre los cien primeros. Mas si se supiera lo que solo yo y él sabemos, estaría sin duda en los primeros puestos; aun habiendo perdido. Al fin de cuentas, acabó siendo un asesino de honor; acabó cumpliendo su palabra.

Me duché, acicalé y puse un chándal. Esperé en el sofá.

*«Has de aparentar felicidad —pensé ante la pantalla negra del televisor—. No merecen padecer por tu culpa. Finge como hizo ella; ponte una máscara como hizo él. Sonríe y disfruta de un día con los tuyos. Te quieren y les quieres. No puede ser tan difícil».*

El interfono sonó. Descolgué.

—¿Sí?

—¡Yooooooooo...! —gritó Megan como si se estuviera acabando el mundo.

Me sacaba una sonrisa incluso en los peores momentos.

—Voooooooooy... —contesté intentando parecer alegre. Me salió un ‘vooooooooooy...’ tirando a mustio.



Mesas de piedra sobre un césped aceitunado, bajo la sombra que nos otorgaban encinas y robles; paraje hermoso que radiaba sosiego por todas partes. Rotze preparaba un tentempié mientras yo miraba cómo Megan y Mike tiraban piedras a un pequeño lago. El

cielo pulcro y el agua en calma solo truncada por esos afilados minerales que los «novios» intentaban, sin demasiado éxito, hacer rebotar sobre el azul... y yo sintiéndome terriblemente inquieto.

—¿Cómo va la terapia, cielo? — preguntó mi exesposa.

—Bien. Avanzando poco a poco.

—Me alegra mucho escuchar eso — susurró con ternura.

—Saldré de esta. Siempre lo hago, ¿no?

—Fue una gran pérdida... era tan buena...

Quedé en silencio mientras observaba cómo de espaldas y en la lejanía, Megan miraba su móvil en apariencia turbada. Repentinamente se

volvió en mi dirección y se encogió de hombros. No hice caso a su ademán; supuse que hacía el payaso como solía ser habitual en ella. Pero de pronto, arrancó a correr hacia mí y Mike hizo lo mismo, a su retaguardia, con cara de no entender nada. Cuando estuvo a mi lado, habló agitada:

—¿Me has enviado un WhatsApp?

—¿Yo? No.

—¿Seguro?


—Ni siquiera llevo el móvil encima.


Así que...


Estiró el brazo instándome a que cogiera el aparato. Lo hice mientras su rostro mostraba la mueca más sorpresiva y exagerada que había visto en mi vida.


—Léelo, por favor.

Atendí a sus demandas. Y lo primero que advertí, fue la proveniencia del mensaje: un número oculto. Decía:

 Desde el futuro para mi Megan.

 ¿Ves de lo que soy ahora capaz, hija?

 Bueno, de lo que seré dentro de unos años.

 Dile a tu padre (yo), que todo se va a arreglar.

Dile, que es como el Ave Fénix ;)

-Mémori-



Me miró con unos ojos tan abiertos, que mi mente aludió a Nosferatu. Y ante la estupefacción de su madre y la de Mike, me entregó una media y picaresca sonrisa.

No pude evitar devolver el gesto.





# **EL LAMENTO DE LOS INOCENTES**

MARCOS NIETO PALLARÉS



Gracias por estar, por leerme, por aconsejarme, por darme fuerzas, cariño, consejo y amistad:

Marta Martín Girón, por no fallarme nunca; Enrique Laso Fuentes, por echarme una mano siempre que lo he necesitado; Eva Girasole y Loreto Navarro, por su inestimable profesionalidad; Jordi Bel Marcoval, por su valiosa amistad; Rotze Mardini, por ayudarme cuando lo he precisado; Magda Jiménez, por auxiliarme en las redes; el grupo de escritores #remajos...

Sé que sois muchos los que me apoyáis cada día, y que al leer esto, sabréis que es para vosotros: mi más sincero agradecimiento a l@s que me alentáis a proseguir.

## Otras obras del autor:

- 'EL ASESINO INDELEBLE' (Novela negra).
- 'LOS CRÍMENES POST MORTEM' (Novela negra).
- 'AMOR DE REALITY' (Romántica).
- 'EL DESTINO DEL INCORPÓREO' (Ciencia ficción).
- 'RENACER: EL DESTINO DEL INCORPÓREO, Volumen II' (Ciencia ficción).
- 'REBELIÓN: EL DESTINO DEL INCORPÓREO, Volumen III' (Ciencia ficción).
- 'EL MUNDO DEL AHORA' (Fantasía épica).

- 'MI PENSAR EN POESÍA' (Poemario).  
- 'ALGÚN DÍA, SEREMOS POESÍA'  
(Poemario).

# Table of Contents

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)



[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)